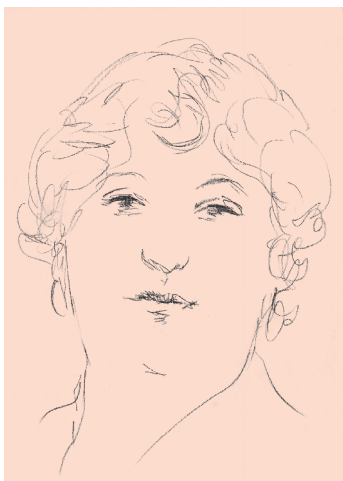


CARMEN DE BURGOS  
LO IMPORTANTE  
ES VIVIR LA VIDA  
ANTOLOGÍA



SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN

ANA ROSSETTI



Agencia Andaluza de Instituciones Culturales  
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO







# CARMEN DE BURGOS

ANTOLOGÍA

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN

ANA ROSSETTI

Primera edición: 2.000 ejemplares

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO  
Coordina: Agencia Andaluza de Instituciones Culturales.  
Centro Andaluz de las Letras.

© De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO  
© De la selección y el prólogo: Ana Rossetti  
© Del texto: Carmen de Burgos  
Dibujo de la cubierta: Juan Vida

ISBN: 978-84-9959-333-3  
Depósito Legal: SE 1582-2019  
Imprime: Tecnographic, s.L.

## CARMEN DE BURGOS

**A**l fin, la obra de Carmen de Burgos empieza a recuperarse, así como su interesante vida de mujer hecha a sí misma con sus equivocaciones, aciertos y desafíos. Lejos de dejarse vencer por errores propios o traiciones ajenas, supo salir a flote con dignidad y valentía.

Su matrimonio infeliz, el ambiente asfixiante de Almería y la muerte de su hijo Arturo de ocho meses la impulsaron a tomar las riendas de su existencia: se hizo maestra de Enseñanza Elemental Primaria, lo que le permitió dirigir una escuela para niñas pobres en Almería. Más tarde, se examinó como maestra de Enseñanza Superior en Madrid y, en 1901, ganó por oposición una plaza en la Escuela Normal de Maestras de Guadalajara.

Resuelta a no depender ni de su marido ni de sus padres, Carmen de Burgos empezó a ganar su propio dinero como maestra ayudándose, tal como hicieron muchas mujeres desde los inicios de la prensa, enviando artículos a los periódicos. Pronto esta actividad fue ocupando su vida y, en 1906, se convirtió en la primera periodista profesional con rango de redactora.

Su labor en este campo fue arrolladora, exponiendo situaciones, denunciando todo lo que le parecía injusto y proponiendo soluciones para mejorar. Es muy importante que, junto a las entrevistas a mujeres relevantes, alumbró las aportaciones de las mujeres anónimas al tejido social. Dos de sus conferencias, *La misión social de la mujer* y *La mujer en España*, son imprescindibles para conocer la historia del feminismo español.

Además, en su ensayo *La mujer moderna y sus derechos*, publicado en 1927, Carmen de Burgos analizó las distintas maneras de entender el feminismo en el siglo XX. Esta voluntad irrefrenable de enfrentar la realidad la llevó al

terreno de la ficción y sus novelas son claro reflejo de su época, su curiosidad y sus preocupaciones.

Pero no se quedaba en las palabras. Junto a Pardo Bazán y Concepción Jimeno impulsó la creación de Escuelas de Agricultura para las mujeres campesinas y el Instituto Profesional Femenino y aprendió Braille para enseñar a niños y niñas ciegos entre otras muchas tareas que emprendió.

Hay una novela suya que se titula: *Quiero vivir mi vida*. No cabe duda que ella la vivió modelándola, enriqueciéndola y haciendo de ella misma su obra más apasionante.

PATRICIA DEL POZO FERNÁNDEZ  
Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico  
Junta de Andalucía



# LO IMPORTANTE ES VIVIR LA VIDA

Ana Rossetti

«...y muy determinada determinación de no parar hasta llegar al final, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajase lo que se trabajare, murmure quien murmurare...»

TERESA DE JESÚS

**P**ara Carmen de Burgos, ningún obstáculo fue insalvable. Jamás. Un episodio que retrata su determinación se remonta al día de su boda. Su padre, aunque permitió el casamiento, no estaba conforme con la elección de su hija y se negó a asistir a la ceremonia. Carmen, sin amilanarse, avanzó sola y orgullosa hasta el altar, a pesar de que no había cumplido aún los dieciséis años, estaba en una pequeña capital de provincias y era el siglo XIX.

Carmen de Burgos nació en Almería el 10 de diciembre de 1867, pero se crió en un cortijo de Rodalquilar. Esos primeros años en libertad, lejos de la falsedad y los convencionalismos burgueses, los recordaría como idílicos aunque más tarde en sus novelas retrataría las duras condiciones de la gente del campo y de la minería –por ejemplo en *Venganza*– y presentaría, con una mirada más crítica, las consecuencias de la vida semisalvaje que la había apartado del ambiente en el que se tendría que desenvolver como adulta.

Algunas de sus protagonistas parecen retratos de su autobiografía: niñas felices criadas en una burbuja ya fuere roussoniana como la de ella o conventual como la de la mayoría, que devienen en jóvenes indefensas por su total ignorancia de las artimañas de la seducción, precipitadas al abismo de un matrimonio desgraciado y a las responsabilidades de la maternidad sin ninguna ley que las amparase. Parafraseando a George Sand, se las educaba como si fueran ángeles y las vendía como si fueran potras. Tanto Fernán Caballero en *Clemencia* como Carmen de Burgos en varias novelas –*Luna de miel*, *La que se casó muy niña*, *La malcasada*...– describen el terror de la esposa violada por su marido en la noche de bodas.

Cuando en la adolescencia la trasplantaron de su paraíso rodalquileño para mostrarla en el escaparate social, Carmen se dio de bruces con una realidad desconcertante. Vulnerable a todo, aturdida por lo desacostumbrado, percibiría los contrastes que poco a poco iría definiendo como injusticias. En Almería, presenció revueltas obreras y asistió a bailes de sociedad, fue consciente del analfabetismo junto al privilegio de los palcos en los teatros y de la miseria extrema mientras las joyas rutilaban en los paseos desde los carruajes; pero sobre todo, vagó desorientada entre las convenciones burguesas que desconocía y las intrigas provincianas, sin acabar de encajar.

Ofuscada por los halagos y atenciones de los hombres, sucumbió a los versos de un supuesto poeta, Arturo Álvarez Bustos que, como bien sabía su padre y toda Almería, era un notorio mujeriego, juerguista y derrochador. A todo esto habría que añadirle, como se descubriría después, sus malos tratos a causa de unos celos patológicos.

Carmen comprendió enseguida que se había metido voluntariamente en una trampa. Al principio intentó sustraerse de sus problemas trabajando en la tipografía de su suegro que editaba el periódico «Almería Bufo» pero esto no le bastaba para solucionar su situación; por eso estudió magisterio, opo-sitó, obtuvo plaza y se instaló en Madrid con su hija resuelta a vivir su vida.

La paga de maestra es escasa y ella se ayuda enviando artículos a los periódicos; hasta que *El Diario Universal* la mete en plantilla y se convierte en la primera periodista profesional. Había nacido Colombine. Desde esa publicación, de la que llegaría a ser Redactora Jefe, lanzaría dos famosas encuestas: sobre el divorcio y sobre el derecho de las mujeres al voto. Ambas fueron respondidas masivamente pero como la negativa al derecho de las mujeres a votar fue abrumadora, fundó la Cruzada de Mujeres Españolas y la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas. Organizó campañas y manifestaciones a favor del sufragio universal.

Interesada más en la pedagogía que en la docencia solicitó al Ministerio de Instrucción Pública una beca para estudiar los sistemas de enseñanza de otros países que ayudaran a mejorar la escuela española. Estos viajes, además, la contactaron con el feminismo europeo y sus organizaciones. Por

eso, marcharía a Finlandia para asistir a la victoria del sufragio femenino y al regreso, la sorprendió la Primera Guerra Mundial. El tren se llenó de militares y como protestara por el trato que los soldados alemanes daban a los prisioneros rusos, la acusaron de espía y estuvo a punto de ser fusilada.

Años atrás, cuando estalló la guerra de Melilla, viajó a África para reportarla; convivió con los soldados en las trincheras y fue testigo del horror. Volvió convencida de que ningún ser humano debía ser obligado a matar a otro. Su condena a la guerra, a la pena de muerte, su declarada objeción de conciencia, su defensa del divorcio y sus denuncias a las leyes que sometían a las mujeres, la llevaron a soportar críticas y persecuciones que, aunque no lograron callarla ni detenerla en vida, hizo que la dictadura franquista la incluyera en su lista de autores prohibidos. Todos sus libros fueron censurados.

Promovió la candidatura de Doña Emilia Pardo Bazán a la Real Academia, entrevistó a relevantes actrices, apoyó a Clara Campoamor en su lucha por el sufragio universal, colaboró con asociaciones y recibió en su casa a brillantes contertulias, pero sobre todo resaltó las aportaciones de las mujeres anónimas al tejido social. Dos de sus conferencias, *La misión social de la mujer* y *La mujer en España*, son imprescindibles para conocer la historia del feminismo español.

El 8 de octubre de 1932, la tortolita que volaba libre por su casa y que a veces se le posaba en el hombro, se agitó nerviosa cuando Carmen la quiso acariciar.

Carmen de Burgos murió en Madrid, al día siguiente. Se disponía a pronunciar una conferencia sobre la educación sexual en el Círculo Radical Socialista cuando el corazón le falló.



# ANTOLOGÍA



# CARTA DE CARMEN DE BURGOS A ROSARIO ACUÑA

Andújar, 20 de febrero de 1888.

Señora doña Rosario de Acuña.

Con el más vivo placer vengo leyendo sus elocuentes artículos de *Las Dominicales*, y la felicito calurosamente por aquel que dirigió «A las mujeres del siglo XIX». Aunque incapaz de expresar debidamente lo que aquel hermoso trabajo me hizo sentir y pensar, declaro mi firme adhesión a cuantas ideas en él expone a la meditación de nuestras hermanas, que poco a poco van desligándose de la rutina, y emancipándose de la funesta influencia clerical.

Yo me considero una de ellas, y es tanta mi confianza en que la mujer sacudirá sus cadenas, que he procurado y procuro con mi modesta pluma contribuir al anhelado triunfo, colaborando en periódicos librepensadores de provincias, como *La Luz del Porvenir*, *La Luz del Cristianismo*, *La Luz del Alma* y *La Fraternidad*, así como deseo conste en las columnas de sus *Dominicales* mi fervorosa adhesión a los nuevos ideales que usted tan brillantemente expresa, pues aunque joven, ni temo la opinión de los hipócritas, ni oculto la mía.

Cuénteme usted, pues, como una humilde pero entusiasta y firme cooperadora en esa grande obra de *Las Dominicales* en que usted representa el elemento, al parecer, más débil, pero en realidad más necesario; pues el día en que las mujeres abandonemos la iglesia, ¿qué será de la religión católica? Y esperando felicite en mi nombre a los redactores de *Las Dominicales*, queda suya,

Carmen Burgos.

Carta publicada en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*





# VENGANZA

(Fragmento)

Las cosas iban de mal en peor. Los mineros abusaban cada vez más para burlar a los campesinos. No era sola la culpa de ellos; eran las mujeres que no tenían vergüenza.

El vallecillo ardía en intrigas, en malas pasiones, en lujuria. Las minas seguían negando sus filones, no se admitía gente a trabajar, tenían que emigrar los naturales del país y dejar sus casas y sus mujeres, mientras que los intrusos venidos de fuera, se refocilaban en buenas comilonas y no dejaban de tocar la guitarra, rondar a las muchachas y hasta a las casadas jóvenes y emborracharse y jugar en casa de las «Rayadas.»

Lo había invadido todo la ola de la voluptuosidad. Se decía de más de cuatro mujeres cuyos embarazos no coincidían con la fecha de la ausencia de sus maridos; se murmuraban mil historietas sabrosas, como cuentecillos italianos, y se hablaba de bodas apresuradas para ocultar el estado de la novia, del cual ciertamente no era el novio el responsable.

Rosa había encontrado un infeliz que se casara con su albina. Había sido el padrino Pablo, a pesar de los denuestos y maldiciones de su mujer que padecía ahora una colambre arrugada en un enflaquecimiento que no le hacía perder mole a causa de sus ataques al corazón.

El marido de la muchacha era hijo de un labrador rico de la Hortichuela que en vano se había opuesto a la boda. Se había celebrado la ceremonia con gran pompa en Níjar, y al regreso buscando el claror de la luna para andar el camino, se habían extraviado de la comitiva las yeguas que montaban el novio y Pablo llevando a la grupa respectivamente a la suegra y a la desposada. Como ambas parejas habían perdido el camino no parecieron hasta el día siguiente, y por cierto a Pablo y Rosa se les había escapado la cabalgadura y parecieron andando con las mantas y las zaleas a cuesta.

Pero el colmo del escándalo no era ese. Era una cosa increíble, monstruosa, una profanación sin nombre: ¡«Frasca la Tonta» estaba encinta!

El atentado contra aquella virgen agreste, guardada en su fealdad y su miseria, era la deshonra del valle. La infeliz no había tenido conocimiento de su desgracia. Recordaba la madre haberla visto llegar un día excitada, temblando, desgarradas las ropas en una de las crisis nerviosas que le eran frecuentes.

Desde entonces databa su temor a los hombres, aquel temor que tanto había hecho reír. La infeliz brutalizada por el desconocido que abusó de su miseria había cobrado un temor invencible hacia todos.

Un día había corrido asustada de sí misma. Sentía revolverse una cosa dentro de sí: se apretaba el vientre con las manos desesperada.

— Un lagarto... un bicho... sácame esto, madre.

La infeliz tía Ramona había comprendido la verdad. Era la amargura mayor de su vida.

Aunque aquella hija tonta no podía tener concepto del deshonor, la afligía el dolor, la humillación, la profanación hecha sin amor, de aquella carne que era la propia carne suya.

Para ella desaparecía la fealdad y la miseria de su hija. Pensaba siempre en la niña chiquitina que alegró su hogar en días venturosos, llevándole una promesa de felicidad. Aquella pobre niña fue víctima de la infamia de las que le robaron el amor de su marido, víctima del alcohol y la lujuria de su padre. Ella le había amado más en su infancia, por su debilidad enfermiza, por el peligro de verla morir agostada. Se culpaba a sí misma de no haberla amado lo bastante para defenderse de todo otro sentimiento que no fuera ella y salvarla de todo su fatalismo. Muchas veces renegó desesperada de su fuerza, de su propia salud, cuando veía a su lado la niña delicada, débil, enfermiza. Acostumbrada a su idiotez no se había dado cuenta de ello. Su Frasquita no era «Frasca la Tonta» como le llamaban los convecinos, era «Frasca la Niña». Para la madre, la idiotez era simplicidad infantil. No apreció el paso de la adolescente a la pubertad, no le inquietó que fuese una mujer. Para ella era siempre una perpetua niña.

Por eso le sorprendía lo brutal de aquella violación monstruosa. Se consideraba deshonrada, humillada en sí misma. Aquel odio sedimentado y constante a las «Rayadas» se había agudizado, había cambiado de objeto, había adquirido acometividad. La poseía un deseo de venganza. ¿Contra quién?

Frasca no podía designar al culpable. No tenía idea de nada de lo sucedido. La habían golpeado, la habían maltratado; le habían hecho daño. ¿Cuándo, en qué lugar, quién? No sabía precisarlo.

Le había presentado su madre, uno a uno todos los hombres del lugar. Sospechaba de todos: arrieros, buhoneros, campesinos, mineros... la había llevado a la caseta de carabineros... ¡Nada! Ningún indicio; todos causaban a la infeliz el mismo temor, la misma repulsión, igual indiferencia. No guardaba ningún recuerdo.

Su obsesión era huir, huir de sí misma, de aquel ser extraño y vivo que sentía agitarse dentro de su vientre.

Su madre había querido ocultar aquella humillación. El aborto no era un pecado para ella. El fruto del vientre les pertenecía mientras no era ya una criatura completamente formada. Ellas sabían los procedimientos rudimentarios: baños calientes, tazas de canela cocida, sangrías en los pies y grandes purgas de sal de higuera. Aquella vez fue todo en vano, estaba bien agarrado el indino.

Fue preciso resignarse y la pobre tonta sufría, aullando los dolores maternales, para dar a luz un robusto muchacho. No parecía aquella criaturita angelical sonrosada y tierna como un rollito de manteca, hijo de una madre tan degenerada y producto de aquel hecho abominable y monstruoso.

La abuela tenía momentos de olvido y de satisfacción contemplando la criatura y escuchando los elogios de las vecinas. No se acordaba de la vergüenza que suponía el nacimiento del niño ni de la brutalidad de que fue víctima su hija. Se le abría el corazón en maternidad para amar a aquel pobrecito ser inocente; le parecía que era su misma hija, su propia Frasca, cuando de pequeñuela era también bella y rosada, antes de adquirir aquella triste enfermedad.

La pobre tonta no había tenido idea de su maternidad; una vez curada, libre de las molestias del embarazo, su rostro recobró una expresión tranquila. Miró al muchacho con la indiferencia que tenía para todas las cosas, y no entendió nada de lo que su madre le decía, presentándosele para que lo besara.

Fue preciso sujetarla entre dos para que le diera el pecho. Miraba con terror al niño, asustada de él. No fue posible dejarle a su cuidado; conforme avanzaba el tiempo iba acumulando odio a la criatura, le lanzaba miradas hostiles, amenazadoras. Ramona tenía que vigilar constantemente, y cuando sus ocupaciones le exigían salir, llevaba el niño a casa de una vecina que cuidase de él. La tonta rondaba los alrededores como atraída por el muchacho, con un odio extraño, como si deseara el momento de quedarse a solas.

Cada vez que había de darle de mamar, era preciso sujetarla como a una cabra arisca.

El niño aquel era para toda la gente de Rodalquilar un padrón de ignominia. No había mujer que no se inquietase al pensar en la paternidad de la criatura, ni hombre que no se indignara ante la sola sospecha de que se la pudieran atribuir a él. Era demasiado salvaje, demasiado vergonzoso el hecho. Frasca, por su idiotez, por su suciedad, por su degeneración repugnante, era un ser abyecto, cuyo trato causaba la deshonra del hombre que se le acercase. Para mirar como mujer aquel deshecho de la vida y llegar a la violencia, era preciso ser un salvaje.

Antes de que diera a luz no faltaba quien creyere que saldría de su vientre algún producto híbrido, mezcla de ser humano y de bicho, como sucedía alguna vez con las cabras y ovejas, que daban a luz monstruos engendrados en tratos con el pastor.

Se buscaba con ansia el parecido del niño. El niño se parecía a todos y no se parecía a nadie. Dejaba con sus facciones desdibujado aun sus ojos claros y su reposo de recién nacido, campo libre a todas las imaginaciones. Sin embargo, cuando transcurrieron un par de meses y el trocito de carne se animó con las primeras sonrisas, cuando se le asomó a los ojos ese espíritu serio,

contemplativo, pensante, que se asoma a los ojos de los niños, como si dentro de ellos viviese un espíritu viejo; las mujeres estuvieron todas conformes en afirmar que el muchacho no era hijo de ningún habitante de Rodalquilar. Era más fino, más blanco que los hijos de los campesinos. Lo afirmaban todos. Aquella criatura no podía ser hijo más que de un minero, de uno de aquellos hombres sin mujer que andaba detrás de las campesinas y de las «Rayadas», aquel grupo de sinvergüenzas que para suplir la falta de la albina, la cual no entraba en la cantina desde su matrimonio, se había reforzado con cinco muchachas, hijas de los tres que habían sacado del montón de los Rarras, para que les ayudasen en sus tareas.

El dinero todo de la mina iba a parar a las manos de aquellas mujeres, que encantadas de sus pingües ganancias, despreciaban ya a los campesinos aumentando el odio que unos y otros se profesaban.

La Pascuala y Pablo iban de mal en peor. Él adoptó un cinismo desvergonzado para no preocuparse de su mujer. Oía sus quejas y veía sus lágrimas con el mismo estoicismo que escuchaba las diatribas y maldiciones del amor enconado de la infeliz, que tomaba en su desesperación los acentos del odio.

En más de una ocasión la dejó revolcándose en el suelo, con su mal de corazón, sin sujetarla, para que no se hiriese: «Así se muriera». Y cuando todo el valle se indignaba, las «Rayadas» se reían. Sin una mujer a quien humillar y hacer sufrir, su triunfo no será completo.

La tía Ramona era su sola confidente, su compañera. La primera intentó hacerle tomar cariño al hijo de Frasca. El capataz y su mujer no tenían hijos y podrían ser excelentes padrinos para la criatura. Pero los dos habían estado de acuerdo para mostrarse desafectos con el pequeñuelo. El señor Pablo no se dignó mirarlo siquiera, y la Pascuala lo cogió con repugnancia.

La tía Ramona había interpretado aquello bondadosamente. Él estaba influido por las «Rayadas», sus eternas perseguidoras, para despreciar a su nieto y Pascuala, absorta en aquella rabiosa pasión de celos, de amor y de rabia que suscitaba en ella su marido, no tenía ningún remanso en el corazón para ningún sentimiento dulce.

Aquella noche de Navidad se hacía más triste y más melancólica para Ramona y Pascuala. Estaban las dos sentadas al lado del fuego, solas y silenciosas. El viento azotaba con furia las paredes de la casita y penetraba por intersticios de las paredes, mal obradas, y los claros de las puertas, que no encajaban bien, amenazando alzar el techo de alcatifa.

— ¡Qué noche tan triste!

Con esa influencia invencible de los aniversarios, las dos pensaban en las navidades felices de su juventud. ¿Quién no ha tenido una Navidad dichosa? Por eso, sin duda, son tan tristes siempre y tan melancólicas las Pascuas de los abandonados.

Las dos mujeres hablaban quedo. Recordaban sus alegrías pasadas. Frasca estaba acurrucada cerca del fuego, y la tía Ramona tenía en brazos al niño, dormidito. Aquella noche se hilaba para celebrar la fiesta. Pascuala estaba más excitada que nunca. Verse en tierra extraña, sola, abandonada, venían a su memoria los contrastes de la vida pasada y pensaba en el marido, que a aquella hora se embriagaba de alegrías adúlteras fuera del hogar.

El viento venía a hacer más triste, más lóbrega, la impresión de las dos mujeres. Fingía gemidos, silbidos, voces al quebrarse contra la casa y al penetrar por los huecos. En algunos momentos hacía estremecer y temblar los cimientos.

Se escuchaba a lo lejos un continuo ladrar de perros. Parecía mentira que con aquella noche oscura, de viento y llovizna, los aguinalderos cruzasen los caminos tan largos para ir de cortijo en cortijo. Y, sin embargo, era así; había pandillas de la gente del valle y pandillas que venían de Las Negras, de la Hortichuela y de Escuyas, lugarcillos fuera del valle, a más de una legua de distancia.

Llevaban todos zambombas, panderos, sartenes, almireces. La cuestión, más que tocar, era producir un ruido sordo y ensordecedor; iban siguiendo la escasa luz de un hacha de albardín, volteada por el que dirige la pandilla y que solo parecía un tizón opaco en la oscuridad de la noche. Tropezando, descalzos, azotados por el viento y calados por la llovizna, seguían su tarea de cantar los aguinaldos, dándole todo el sabor de una fiesta.

Llegaban silenciosos a las puertas, pisando blando y hablando en voz baja. Solo el ladrar de los perros, que aumentaba a la proximidad de la gente, les delataba. A una seña del director, estallaba como una tempestad el estruendo de cacharros que se unía a los acordes de las guitarras, las panderetas, los tambores, las zambombas y las castañuelas, tocaban, repiqueteaban y golpeaban todos a porfía. Algunos habían hecho un instrumento con un canuto de caña partido en dos mitades, que golpeaban, cogiéndole del mango y sacudiendo atléticamente el brazo para producir un castañeteo prolongado y crujiente.

Y a una voz cantaban todos un villancico seguido de un estribillo alusivo:

«Toda la noche he venío  
rodando como una bala,  
sólo por darle las Pascuas  
a la señora Pascuala.»

El ruido apagaba la voz y luego volvía a comenzar otra copla:

«¿De quién es la casa nueva  
con ventanas y balcones?  
Del señor Pablo Muñoz:  
Dios le dé muchos doblones.»

La cortesía ordenaba abrir la puerta antes de la cuarta copla. Naneando se dirigió a ella Pascuala mientras Ramona acallaba al niño que lloraba asustado del estruendo, y la tonta se encogía ocultándose bajo los harapos que le servían de cobertera, con aquel temor que experimentaba de la gente.

Era la costumbre convidar a los aguinalderos y darles un obsequio. Los labradores ricos amasaban tablas de roscas de aceite, de un par de kilos cada una, sembradas de almendras; ricas mantecadas, aplastadas y grandes, y sendos bollos de pan de higos.

Algunos añadían a este obsequio espinazos de la reciente matanza y cuerdas de longaniza; dones que luego repartían los aguinalderos como botín de su campaña.

Aquellas noches las pandillas iban todas a turbar el reposo de la triste morada del capataz. La seña Pascuala, que tenía una idea extraordinaria de las relaciones sociales y de la dignidad del cargo de su marido, sabía obsequiarlos a todos. Pero a cada nueva cuadrilla la inquietaba:

— ¿Serán capaces de venir las «Rayadas»? — insinuó.

— Esas son capaces de todo — repuso Ramona.

La mirada de la capataza acarició la escopeta de su marido colgada bajo el vasar. La vieja le siguió la mirada. Ya sabía ella lo que era aquel deseo de venganza.

— No seas tonta — dijo — después de tó no son ellas las culpables.

Se indignó Pascuala. ¿Que no? ¡Ya lo creo! Siempre había sido su marido bueno y cariñoso. La culpa de todos los males la tiene la desvergüenza de las mujeres que los vuelven locos. No, no quería ella vengarse de su marido. Su sed de venganza, de sangre, no podía aplacarse más que con el daño de aquellas infames mujeres.

Otra pandilla interrumpió la conversación:

«Dios le dé mucha salud  
en el sitio donde moren  
al señor Pablo Muñoz;  
su esposa cara de flores.»

Se levantó satisfecha y abrió la puerta. El soplo violento y frío del aire amenazó apagar el candil. Los aguinalderos se precipitaron en la estancia, atraídos por el fuego protector. En el primer grupo iba el marido de la albina. Pascuala buscó cerca de él. ¿Estarían por allí las pécoras? ¿Se habrían quedado fuera? Cerró apresurada la puerta, y excitada, nerviosa, perdido el sentimiento sociable, como le sucedía siempre en aquellos casos, preguntó encarándose con el muchacho.

— Supongo que no vendrá contigo la sinvergüenza de tu mujer.

— ¡Qué cosas tié usted, seña Pascuala! — repuso él con resignación y cachaza campesina.



Aquello exasperó a la capataza y le dijo desdeñosamente:

— Eres un cabrito.

Intervino Capuzo, el herrero.

— ¿Qué culpa tié la infeliz de las cosas de su familia?

— ¡Claro! — afirmó desconcertado el esposo.

— Bastante tiene con mantener su casa y su hijo — agregó una parlanchina.

— ¿Su hijo? ¡Ya! — exclamó burlona Pascuala, y cogiendo del brazo al mozo lo acercó a la espuerta donde la tía Ramona había depositado al niño, se lo señaló diciendo:

— Se parece tu hijo a ese.

Entre la carcajada brutal de aquella gente, excitada por la fiesta y las continuas libaciones, se oyeron dos rugidos sordos. El marido de la albina y la tía Ramona, pálidos y anhelantes, miraban hacia la rústica cama.

Un momento después, cuando se marcharon los aguinalderos, la Pascuala cayó presa de sus habituales convulsiones.

Desde el día siguiente el odio de todo el pueblo señaló a Pablo como padre del hijo de Frasca.

— Su mujer lo ha dicho.

De la albina no se inquietaba nadie.

\*\*\*

¿Cómo había ocurrido aquella desgracia? Nadie se lo explicaba y todo el mundo estaba consternado.

El primer día de trabajo, después de la varada de Navidad, el señor Pablo había entrado a reconocer los pozos para recomenzar la labor.

Apenas empezó a bajar el ascensor se escuchó un ruido sordo, opaco, pavoroso. Las amarras del torno, aquellas dos enormes maromas de esparto

majado, se habían partido y la tosca jaula en que iba el capataz con otro minero se precipitó rodando en el abismo.

Se escuchó un grito, después el chocar de tablas y piedras. Luego, nada...

Algunos se acercaron a la boca de la mina.

— ¡Señor Pablo!

— ¡Juanillo!

Inútil todo.

El ascensor se había estrellado en el fondo del pozo.

Y después de un trabajo de dos días para extraer los cadáveres, éstos presentaban un montón informe de carne, confundidos un cuerpo con otro, con las astillas de las maderas y con la tierra del pozo en un formidable amasijo putrefacto.

El Juzgado de Níjar, llamado por el alcaide pedáneo, no pudo averiguar si se trataba de un crimen o de un accidente. ¿Estaban cortadas las maromas o gastadas por el uso? ¿Era un delito o una imprudencia la causa de la desgracia aquella?

Los mineros nada habían notado; los campesinos callaban todos.

Algunos pensaban en la tía Ramona y en el marido de la albina. Los habían visto juntos cogiendo leña por los barrancos y vericuetos cercano a la mina, y aunque se indignaban contra los culpables de aquel hecho, nadie se atrevía a denunciarlos. No había certeza de nada. Con la desgracia todos se amestaban con los mineros.

— ¡Pobre señor Pablo!

— ¡Tan bueno!

— ¡Tan rumbo!

— ¡Tan campechano!

En el fondo todos se indignaban con la Pascuala. Ella había sentenciado a su marido la noche que le designó como padre de los hijos de Frasca y de la

Albina. ¿Merecían los dos idiotas aquella venganza? ¿Y aquel pobre Juanillo, inocente, que acompañaba al capataz?

Olvidaban que la tempestad se había condensado con los odios de todos, con su ambiente pasional y que las idiotas no eran más que un pretexto. Pero las gentes de Rodalquilar necesitaban un criminal a quien hacer reo de su vindicta.

Eligieron a Pascuala.

— ¡Le han alcanzado sus maldiciones!

— ¡La bruja!

— ¡Pobre hombre!

Y nadie hizo caso del dolor y la desesperación de la infeliz, que pedía perdón a su marido, llamándolo con los nombres más dulces.

La empresa minera, asustada, ordenó la suspensión de los trabajos.

Y fue en aquel día de Enero, bajo el sol africano del valle, cuando la triste comitiva de mineros, con el hatillo al hombro, cruzaba el valle silente y tranquilo, hacia la cuesta de las Carihuelas, para remontar la montaña y salir de aquel paraje, devueltos a la corriente de la vida.

En medio de ellos, en un mulo, montada sobre las amplias silletas, iba la Pascuala atontada e inerte. Nadie les daba la despedida. Algunas mujeres y chiquillos se asomaban a las puertas y a las esquinas de sus casas, hacían covachuela con la mano a los ojos para mirar en silencio. Parecía que otra vez el entierro de Pablo y Juanillo volvía a pasar.

En casa de las «Rayadas» se tocaba la guitarra y se jugaba al Pablo, como de costumbre.

La tía Ramona, más acartonada, más envejecida, iba en sentido contrario hacia el mar, ocultando un bulto bajo el mantón.

Cuando llegó a la arena se detuvo. Miró alrededor. Nadie. No había ningún carabinero. Sin duda dormían su siesta.

Depositó el envoltorio en el suelo: una azada y el cuerpecillo del hijo de Frasca, amoratado con la nariz y los ojos inyectados de sangre, rígido y descompuesto ya por la muerte.

La abuela empezó a abrir con valentía la fosa en la arena reseca y movediza. No habían bautizado aún a la criatura y no valía la pena de llevarlo a enterrar. Aquel ser había pasado por la vida como una sombra, aquella mañana lo había encontrado muerto en la falda de su madre. Lo había ahogado apretándolo contra el pecho en su primer impulso de cariño.

Ramona tuvo que luchar con la idiota para quitarle el cadáver que mecía y besaba con una especie de lucidez maternal.

Al ir a depositarlo en la tierra la pobre vieja sintió el influjo de todo el cariño que le inspiró la criatura débil, blanca, sonriente, que le acariciaba el arrugado rostro con las manecillas tibias, tiernas y suaves. ¿Por qué sintió odio por el nacimiento de aquel infeliz? ¡Le habían hecho el mayor bien con la bendición de aquel niño! Dos lágrimas lentas rodaron por su rostro actinodermo... Volvió la cabeza y vio la procesión de los mineros que se perdían en la montaña doblando la colina del barranco del Granadillo.

— ¡Más vale así... que no quede nada de esa casta!

Fiera en su venganza, cubrió de tierra el cuerpecillo, cogió la azada y emprendió el camino de su casa en cuyo umbral dormitaba Frasca la tonta, encogida como una bola entre sus trapos sucios, de los que salía la cabeza innoble, brutal, con el pelo cano, espartoso y crespo. Se volvía a sentir sumisa en su miseria sin la sonrisa de luz del niño. ¡Y lo había considerado como un oprobio!

A lo lejos ladraban aún los perros del barranco al paso de los mineros y sus ladridos repercutían al rodar por el aire como un aullido lúgubre y siniestro.

*(Venganza, 1908)*

## POR LAS ÁNIMAS

Había llegado sin saber cómo hasta la estación del Mediodía, después de vagar toda la noche por los desiertos paseos de la Castellana, Recoletos y el Prado.

Sentíase aún la impresión de las sombras barridas por la luz del nuevo día, el ambiente húmedo de la noche, entre el perezoso bostezar de Madrid. Los primeros rayos del sol, con su luz blanca y suave, esclarecían las copas de los árboles del Jardín Botánico y del Salón, haciéndoles brillar con reflejos cristalinos y esa tonalidad de verde tierno que recuerda el amarillo y el blanco, mientras el ramaje oscuro, negruzco, se mantenía envuelto en los desgarrones de la sombra y los troncos parecían las columnas de una *loggetta* con montera de hojas de cristal. Empezaban a llegar viajeros madrugadores; camiones y carros que paraban junto a la cerrada verja de la estación esperando que fuese hora de abrirla. Un hombre de blusa y pantalón de pana voceaba entre los grupos ofreciendo grotescas cabecitas de cartón: «Toribio, que saca la lengua y menea las orejitas.» Algunos viajeros aburridos compraban la antipática figurilla, la cual, merced a un tosco mecanismo, movía dos cuernecillos y una lengua roja, con el gesto procaz, desvergonzado de los chicuelos que se burlan.

Los trabajadores y hombres del pueblo se agrupaban en torno de una mesilla, cafetería ambulante, donde una buena moza con falda corta de percal y blusa de blancura deslumbradora, despachaba tazas del café o del té hirviendo en vasijas colocadas a su derecha. Sobre la mesa la botella de aguardiente, el barrilito de vino, la fuente de buñuelos y de churros ofrecían por cinco o diez céntimos su rica variedad a los compradores. La vendedora, puestos sobre una tabla los pequeños pies para no manchar la albura de sus zapatos, acudía ligera a todas las demandas, incitante con su cabeza lustrosa de rizos negros, los brazos morenos y las caderas redondas y amplias. La manecita regordeta se hundía en el barreño de fregar los vasos, y los agitaba produ-

ciendo relampagueos de luces entre sus vidrios y los cristales del agua. Una sensación de frescura se unía a la de limpieza y olor sano, vaho de lienzos fuertes y jabón moreno escapados al cuerpo de jamona espléndida, incitante, acre y fuerte.

De vez en cuando se abría la puerta para facilitar la entrada a alguno de la casa, a algún empleado soñoliento que procuraría hacer pagar al público el malhumor causado por la necesidad de levantarse temprano.

La verja se abrió al fin, salió el ejército de barrenderos con los escobones de ramaje seco, sujetos al extremo de un largo palo, sobre el hombro, y los que esperaban pudieron penetrar en la estación. Aumentó el bullicio: vibrar de alambre, rechinar de ruedas, golpes de los frenos, tintineo de campanillas, voces y gritos poblaban el aire. El cercano ministerio de Fomento abrió sus puertas con el chirriar de goznes enmohecidos propio de todo lo inmovilizado, y los tranvías de Atocha y el Pacífico, los de Embajadores, los cangrejos de la Carrera de San Jerónimo, se cruzaban por todas partes.

Manuel seguía parado junto a la esquina de la verja, mirando sin ver todo aquello, como si su cuerpo sin voluntad estuviera retenido allí por la influencia de la imitación. Una mano que cayó sobre su hombro le produjo un estremecimiento de despertar. Detrás de él un hombre alto, moreno, de ojos dulces y rostro franco, sonreía afectuosamente:

— ¿Qué haces aquí a estas horas?

Manuel quiso responderle, pero ni su cerebro coordinó la idea ni los órganos, tantas horas en reposo, hallaron fuerza para modular el sonido. Su amigo lo miró fijamente: caía el elegante traje gris en descuidados pliegues, como si el cuerpo flácido no tuviese fuerza para sostenerlo; hondas ojeras violeta rodeaban los ojos de azul intenso: el matiz pálido esclarecía el color moreno del rostro; el fino bigote castaño, descuidado, cubría los rasgos fatigados y tristes de la boca correcta y del semblante simpático; un mechón de cabellos revueltos y rebeldes escapaba bajo el sombrero de paja y caía sobre la frente noble acusando la falta de atención en su tocado. Álvaro apreció todos los detalles de un dolor sin ostentaciones, de una desesperación honda, muda, callada, que pretendía dominar.

Le apretó la diestra con interés cariñoso, preguntándole:

— ¿Qué es esto? ¿Qué te pasa?

Fue como un sollozo la voz escapada a la garganta de Manuel; estrechó con presión poderosa la mano de su amigo; se abrió el corazón a la fuente de ternura; ablandóse la rigidez de los músculos contraídos; un rocío de lágrimas iluminó el intenso azul de los ojos, rodeados de círculo violeta, y suspiró apenas:

— ¡Álvaro, amigo mío, soy muy desgraciado!...

La inquietud de un afecto sincero se extendió sobre el semblante de Álvaro.

— Renuncio — dijo — a las cosas que hoy me ocupaban; es preciso que yo sepa lo que te sucede. ¿Dónde quieres que vayamos?

Un encogimiento de hombros fue la respuesta... Álvaro le hizo subir en el tranvía de Atocha, y al llegar a la plaza de Antón Martín, entraron en el café de Zaragoza. La sala, casi desierta, con las persianas caídas y el suelo recién fregado, blancas las mesas, rezumantes de agua las botellas de barro rojo colocadas encima de ellas, ofrecía un aspecto de limpieza y frescura. Dos o tres camareros dormitaban, emperzados por el descanso, junto al mostrador.

Media hora después, ante las copas llenas de dorada cerveza, entre las mutuas protestas de amistad, vencedoras del pudor de hablar de los afectos íntimos, Manuel daba principio al relato de sus dolores, mientras sus ojos grandes, oscuros y sombríos, miraban distraídos el cristalino burbujeo de las ampollas de espuma que se rompían bulliciosas en la copa.

\*\*\*

— Sí, amigo mío, sí; la culpa de mi desgracia la tienen las ánimas benditas. ¡No te asombres! Escúchame. Tú sabes cuánto amaba a mi mujer: mi fe absoluta en ella. Yo, Álvaro, creo la fe la condición indispensable del amor. Por eso sin duda las religiones se basan en la fe, en la creencia de lo eterno...

He de decírtelo todo. Los hombres estamos hechos del peor barro, del lodo más impuro... A pesar de mi amor a Amparo... yo tenía una amante...

El sagrado de mis afectos, de mi consideración, de mi aprecio, eran para el hogar, para la esposa... las locuras de la fantasía iban a satisfacerse al lado de la otra, aristócrata, elegante, espiritual. El secreto, la posición social de Matildita (permíteme que oculte su verdadero nombre), su belleza, todo era un encanto para mí. Sentía placer al verla en el mundo rodeada de admiradores, respetada, con pretendientes a su mano; te confesaré que es soltera, hija de un general...

No me creía culpable por tener estos amores; era un rato empleado agradablemente, que en nada perjudicaba a mi esposa... Al contrario, redoblaban mis atenciones para con ella. La infidelidad del marido es siempre provechosa para la mujer, con tal de que ella no lo sepa. El remordimiento de traicionarla nos hace más tiernos, más amantes; la comparación o el recuerdo encienden la pasión, y luego, amigo mío, la mujer propia, protegida por las leyes y las costumbres, tiene en su favor el elemento principal para dominarnos, el invencible: el hábito. Hasta los más rebeldes caen en la celada, final que la costumbre establece en el matrimonio. Se reposa en la casa de las borrascas pasadas; la mujer que no brinda amor, ofrece paz, y ¡somos tan egoístas!... ¡El egoísmo es la fuente de las virtudes de la humanidad!

Un día, Matilde me exigió que todos los domingos primeros de cada mes fuese a verla a las siete de la mañana en el hotelito alquilado para nuestras citas. Estaba cerca de su casa, pero muy lejos de la mía, en la calle de Don Ramón de la Cruz. Tenía necesidad, para ser galante con Matilde, de levantarme a las cinco de la mañana, dejar el lecho suave, perfumado por la piel de mi esposa, romper la cadena de los brazos de Amparo, sin saber qué responder a sus preguntas acerca de mi intempestiva salida; cruzar tan gran distancia; llegar dormitando en un coche, con el estómago disgustado del ayuno, y encontrarla a ella también lánguida, soñolienta, cansada.

El pasado domingo, entre bostezo y bostezo, me atreví a preguntarle el porqué de este capricho.

— Cada vez te amo más y deseo aprovechar las ocasiones de verte— respondió.

— También yo — le dije —, pero podemos elegir otra hora.



— ¡Oh! es que vengo de confesar por las mañanas todos los primeros domingos de mes. Soy Hija de María — objetó con coquetería encantadora, mientras desprendía el velo de la mantilla de encaje ante el espejo, mostrando, al arquear los brazos sobre la cabeza, un talle esbelto y redondo, que no acusaba, seguramente, virginidad.

— ¡De confesar! ¿y después de confesar vienes aquí? — pregunté con asombro. Revoloteaban las manecitas desenguantadas como dos mariposillas blancas, buscando entre los encajes los alfileres que sujetaban el velo. Se detuvieron un instante, y volviendo a medias la cabeza hacia mí, contestó con naturalidad:

— ¿Por qué no? El confesor lo sabe...

Sentí un movimiento de repugnancia hacia aquel cinismo, y un deseo de curiosidad por penetrar en los misterios de una religión con la que siempre fui tolerante por indiferencia.

Matildita acababa de dejar la mantilla sobre una butaca y su cabeza brillaba con la corona de oro de sus trenzas rubias. La atraje hacia mí.

— ¡Cómo! ¡El confesor sabe esto! ¿Y te lo permite?

— Sí, ya ves... una pasión... no siendo más que una... y sin escándalo... sin mal ejemplo... El padre jesuita sabe que la carne es flaca, débil... ya lo dijo Cristo... y... ¡se hace cargo de todo!...

— Sí, ¿eh?

— ¡Oh! Tú no sabes qué experiencia tienen del mundo esos santos padres jesuitas...

— ¡Ya veo, ya veo!... Pero tu padre nada sabe... le engañas...

— Yo no engaño a mi padre — dijo con altivez Matilde —; el confesor me ha dado la fórmula de conciliarlo todo.

Mi curiosidad, despierta por aquellos misterios del confesionario, deseaba ya saberlo todo. Aprisioné entre las mías las manecitas blancas que acababan de plegarse ante el altar de las Hijas de María, y con un beso en las uñas rosadas, le pregunté:

— ¿Cómo es eso?

— Muy sencillo... Cuando salgo de casa digo a papá que he de ir a ver a mi tía, a oír misa a San Luis; a comprar a casa de Herce... a varias partes... Ya sabes que vengo aquí... pero también voy a todos los sitios que he indicado... Yo no engaño a mi padre.

— ¿Le cuentas que me has visto? — dije inquieto.

— No, pero le cuento todo lo demás... esto no es un engaño, es una omisión...

— ¡Ya! — exclamé admirado de la sutileza frailuna.

Y como me quedase silencioso, ella añadió con adorable misticismo:

— ¡Dios ve los corazones!... Dios ve que te amo y no puedo hacer otra cosa... Dios ve que me sacrifico para alcanzar el perdón de mi culpa...

Estaba próxima a sollozar. La senté sobre mis rodillas y acariciando sus manos marfileñas le dije con forzado acento de amor:

— Vamos, rica, no me ocultes nada. ¿Qué sacrificio te impones para que el confesor te absuelva?...

Coloreó el rubor su delicada piel de rubia y me dijo:

— Papá me da todos los meses doce duros para alfileres; no es mucho para nuestro círculo... y aun he de dar la mitad a las ánimas benditas.

— ¡Cómo!...

— Sí; todos los meses, al ir a las Hijas de María, llevo las treinta pesetas para las ánimas, al padre... Ya ves, rico, es justo... Puesto que Dios misericordioso nos perdona por su intercesión... debemos hacer algo por corresponder a su bondad... por el culto... por las pobres ánimas...

La aparté suavemente de mí. Ella, sin fijarse prosiguió:

— Mi sacrificio es relativamente pequeño, mi falta no es grande... Soy libre... soltera... ¡Oh! Si tú vieras las casadas, las que engañan a los maridos... esas no tienen bastante con lo que pueden economizar de su toilette... necesitan pedir dinero al amante... y hasta al marido mismo...

¿Qué sentí? No sé explicarlo aún. Repugnancia, asco, desprecio de aquella comedia en que la astucia y la ignorancia legitiman el vicio. Pretexté el mal estado de salud y me despedí de Matilde.

Al llegar a mi casa pregunté a Rosina, la doncella, por Amparo.

— La señora ha ido a los Luises, para comulgar con la congregación del Sagrado Corazón. — me contestó.

Sentí como un latigazo frío en la médula. ¡Mi mujer también iba todos los meses a comulgar en una iglesia de jesuitas! Sin saber por qué, pensaba en la inocencia del padre de Matilde y me sentí molesto...

Entré en el tocador de Amparo; cada minuto de espera se me hacía más angustioso.

¡Tardaba demasiado! Al fin escuché el ruido del coche en el patio, un ligero cuchicheo y el frou-frou de una falda de seda sobre la alfombra.

Amparo pareció sorprendida al verme allí, ¡Era natural! ¡No tenía costumbre de que viniese tan temprano!... Yo era un infame que arrojaba sobre ella el reflejo de mi propia culpa. No tenía derecho a sospechar de la casta compañera de mi vida.

La estreché entre mis brazos; estaba algo pálida de la madrugada y el ayuno, y (preciso es confesarlo) me pareció más bonita que nunca, quizás por el vago temor de perderla. Se colocó delante del espejo y se quitó con lentitud los guantes; después sus manos plateadas empezaron a desprender el velo. Vestía como la otra: de negro y con mantilla.

Volví a sentir la mordedura de la desconfianza. Amparo me miraba en el espejo, y en su boca fresca había para mí una sonrisa de ternura. ¿Con qué derecho dudaba de ella?

La enlacé por el talle y la besé apasionadamente... Pero en el fondo de mi cerebro había cristalizado una idea.

— ¿Dónde has estado? — interrogué a pesar mío.

— En los Luises.

— ¿Nada más?

— Y en casa de tía Pepita.

— ¿Y después?...

— Aquí...

— ¿Nada más?

Me pareció que vacilaba al responder.

— Nada más...

— Recuerda bien...

— Sí; aquí nada más...

— ¿A qué hora saliste de casa de tía Pepa?

— A las once.

— Mira... son las doce y cuarto.

— ¿Me pides cuenta del empleo de mi tiempo? — dijo altanera y disgustada. En otra ocasión hubiera desistido, avergonzado de mi interrogatorio; pero los celos me mordían, impulsándome a continuar.

— No — le respondí con amabilidad —; bien sabes que no tengo esa costumbre; pero me llama la atención lo que tú misma dices. ¿Cómo has tardado hora y cuarto desde casa de tía Pepa aquí?

— Porque di la vuelta en el coche por la Castellana y entré un momento a casa de Luisita...

— ¿Y por qué no me lo has dicho?

— Temí que te disgustara que te hubiera hecho esperar.

— ¿Y por eso me mentías?

— No, no era una mentira; es sólo una omisión.

¡La misma frase de la otra!

— ¿Es jesuita tu confesor? — pregunté.

— Sí, sí; el padre Gorzones.

Y sin dejarme tiempo de responder, como si deseara variar de conversación, empezó con volubilidad encantadora a hablarme de la esplendidez de la función celebrada aquella mañana. Toda la aristocracia había asistido. Me iba citando nombres ilustres: marquesas, condesas... Yo iba mientras recordando las historias escandalosas unidas a aquellos nombres y que ella, en su pureza, ignoraba.

— ¡Y el sermón! ¡Oh! ¡Qué boca de padre! ¡Cómo lloraban todos! Lo interrumpían los sollozos; hasta los hombres gemían condolidos de los dolores que traspasaron los corazones de Jesús y de María...

Les había aconsejado que no leyera la mala prensa; ella lo había prometido... y acariciándome mimosa añadía:

— Deja la suscripción de La Correspondencia de España y toma en su lugar El Universo.

Para eludir el compromiso le besé los ojos, que palpitaron con aleteo de palomas asustadas.

— Tengo que hacerte una petición — añadió coqueta y satisfecha.

— ¿Qué deseas?

— Necesito... doscientas pesetas...

Las peticiones de este género son frecuentes, y yo las he satisfecho siempre sin titubear y contento de poder hacerlo. Los dispendios de una mujer hermosa que se engalana para nosotros recaen en provecho nuestro.

— ¿Para qué las quieres?

Algo confusa por dar cuenta de una cosa a la que no estaba acostumbrada, Amparo me contó que había tenido gastos extraordinarios aquel mes, y no le bastaban las trescientas pesetas asignadas para su tocador.

— ¿No das nada para el culto? — le dije.

Y como la viera vacilar, añadí sereno:

— Deseo saberlo todo, no omitas nada.

— Doy a las ánimas...

— ¡A las ánimas!...

— Sí; a las benditas almas del purgatorio...

Pasó por mi cerebro una ola de sangre. Vi un hotel semejante al de la calle de Don Ramón de la Cruz, en otra calle cuyo nombre ignoraba, y en aquel hotel otro hombre desconocido que tenía en los brazos a mi Amparo, mientras

yo, tranquilo como el padre de Matilde, trabajaba para ella sin sospechar de su pureza.

Ciego, loco, como si fuera cierta la visión que la imaginación me fingía, rechacé a Amparo con brutalidad, arrojándola contra el ángulo del sofá.

— ¡Infame! ¡Infame! — exclamé apretándole los brazos loco de furor—. ¡Tú también!... ¡Tú también pagas a un jesuita, con el dinero del trabajo del hombre a quien traicionas, la absolución de tu pecado!

No puedo describirte la expresión de aquel rostro y de aquellos ojos: terror, sorpresa, miedo... La hubiera matado a no entrar los criados y quitarla de mis manos. ¡Qué escena!...

Calló, fatigado de la larga y penosa revelación. Su amigo, convencido de que en caracteres como el de Manuel todo consuelo es inútil, murmuró, sin embargo:

— No seas niño; todo eso son quimeras; ninguna prueba cierta acusa a tu esposa. Su conducta es perfectamente natural.

— No te esfuerces en convencerme, amigo mío; todo eso me lo he dicho yo cien veces, pero la duda existe. Sin fe no son posibles el amor y la felicidad... Prefiero el alejamiento a la continua mentira, al disimulo constante, al espionaje de la desconfianza. Mi situación es la del enfermo que prefiere la operación que mata o salva, al sufrimiento de la enfermedad crónica...

Y como si cruel consigo mismo quisiera negarse todo consuelo, añadió con acento desesperado:

— ¡Oh! ¡Aquella mirada! ¡Aquella mirada de terror que cuajó en sus ojos! ¿Era de la inocencia sorprendida? ¿Era del criminal descubierto? ¡Quién pudiera ver el fondo del alma al través de unas pupilas!

*(Cuentos de Colombine, 1908 ?)*

## LA MUERTE DE UN RECUERDO

Sentado cerca de la lumbre, perezosamente envuelto en su pelliza, el viejo senador contemplaba cómo caía la nieve en el jardín.

Los delicados cristalinos prismáticos venían, en una lluvia de pétalos de jazmín, a cubrir con su blancura la desolada tristeza de los desnudos troncos, empavesados por la nieve, como si les envolviesen guirnaldas de misteriosas flores nacidas en el aire.

Un criado anunció desde la puerta:

— El señor está servido.

Al mismo tiempo los cristales y el pavimento retemblaban con el rodar silencioso de las ruedas de un coche en el patio.

Perezosamente se rodeó el anciano al cuello la bufanda de piel forrada en seda; se abotonó el abrigo de arriba a abajo; introdujo en el bolsillo la tabaquera; afianzó sobre la nariz las gafas que ocultaban los hundidos ojos, y después de calarse reposadamente los guantes de piel, tomó el bastón y el sombrero, que le sostenía el ayuda de cámara, y salió tapándose la boca con el pañuelo, tardo el paso, como si le costase trabajo dejar su gabinete en aquel día de frío.

Un secretario alto, rubio, atildado, de patillas simétricas e irreprochable traje, se inclinó a su paso ceremoniosamente, esperando que el señor se dignase dirigirle la palabra; pero don Juan pasó sin mirarlo.

— ¿Deja mandado algo el señor? — preguntó con timidez.

— Nada.

Ya el lacayo sujetaba abierta la portezuela del coche... El secretario volvió a inclinarse con esa rigidez de los aduladores, que parecen tener una articulación más en su espina dorsal para doblar servilmente el cuerpo, y el carruaje partió con el cadencioso trotar de su tronco normando.

Encendió un cigarro don Juan y se arrellanó sobre los almohadones azules, mientras el coche cruzaba las calles del Caballero de Gracia, de Peligros y Alcalá, para salir al Prado.

Allí lucía con toda su hermosura la nieve. Grupos de chiquillos y mozalbetes corrían sobre ella, ensuciando con los pies su transparencia, contentos y satisfechos los pulmones de respirar aquel aire puro y sereno, cuya ligereza centuplicaba la actividad. Perseguíanse unos a otros arrojándose puñados de nieve, que se deshacía en espuma blanca; rodaban algunos esas enormes bolas, consagradas como imagen de la murmuración y de la calumnia, porque según corren engruesan y se enlodan. Varios artistas improvisados se entretenían en modelar con aquel mármol blando estatuas y caricaturas, con tanto esmero como si algunas horas más tarde su obra no hubiera de convertirse en agua sucia.

Se respiraba la poesía de la blancura de la nieve, cuyo gran encanto consiste en su misma fragilidad, en lo inestable, en lo fantástico, lo ideal de su vida corta, símbolo de lo irrealizable, de lo soñado, de todas las ilusiones que no pueden detenerse.

Había un rayo de envidia en los apagados ojos del viejo senador viendo a los muchachos correr, azotarse, caer y revolcarse sobre aquella alfombra, que se hundía a su peso como mullido vellón de lana, con crujido de cristalinos que se quiebran.

Recordaba en su abrigado coche la época feliz de la infancia, de la adolescencia, cuando medio desnudo y hambriento jugaba entre los copos de nieve en el Retiro o la Moncloa.

¡Cuán lejos estaba aquel tiempo! ¡Era una existencia pasada!

Se recordaba con tristeza: no había nada de común entre él, don Juan, y aquel Juanillo de los primeros años de su vida. ¡Juanillo había muerto! Ni una molécula del cuerpo joven, fuerte, gracioso, quedaba en su pobre, achacosa y vieja armadura. Sólo escasas reminiscencias de la voluntad, de los afectos que el otro sintió vivían aún en éste.



Pensaba con terror que se muere varias veces antes que la descomposición final del individuo disgregue las moléculas de su cuerpo para formar otras combinaciones en el transcurso de los siglos. Sí; se muere varias veces. Cada una de las nuevas épocas de la vida, cada uno de esos cambios de costumbres, de afectos que se verifican en nosotros, es la muerte de nuestro propio ser, la renovación de un yo que expira. ¿Qué le quedaba de las edades anteriores? Tristeza, cansancio, desengaños, amargura de los recuerdos vividos, de aquellos desdoblamientos de su mismo ser ya sepultados.

Así la monotonía de la existencia nos aflige como una vejez anticipada y los cambios nos apenan. Lo que se separa, lo que se aleja, lo que se olvida, muere. Por eso es tan triste olvidar.

Recordaba sus existencias pasadas: había muerto ya la niñez miserable y feliz, la adolescencia trabajosa y mezquina, la juventud de luchas, ambiciones... y hasta bajezas, con tal de sobresalir entre la vulgaridad de los comparas humanos, nacidos para asistir a las representaciones de la vida de los demás, aplaudiendo o censurando las comedias que se hacen a sus expensas, pero sin pasar jamás de las galerías al escenario. Era aquella la época en que más había vivido el ciclo de las esperanzas, del amor... Don Juan recordaba la imagen de una mujer que iluminó su vida con reflejos de ópalo.

Sacrificó el amor a la ambición, a un casamiento que le abrió las puertas de la política y del gran mundo. Había logrado sus esperanzas: lujo, influencia, poderío, pero nunca volvió a ver a la mujer que amaba. Supo que era directora de un centro de enseñanza oficial en una provincia y que continuaba siempre soltera; pero el abandono del que la hizo víctima había sido tan infame, tan cobarde, que jamás se decidió a intentar una reconciliación, que seguramente hubiera sido rechazada.

Y sin embargo, ¡cuánto la había amado! ¡Cuántas veces la recordó en el solitario hogar de viudo sin hijos ni familia! En muchas ocasiones pensaba cuánta alegría pudo traer a aquella casa la mujer inolvidable, compañera de sus luchas y ambiciones juveniles... Hasta algún día tuvo intención de ir a buscarla, pedirle perdón, ser feliz con la dulce abnegación de aquella vestal de un amor único.

Unas veces, la reflexión de sus diferentes posiciones sociales triunfó de su sentimiento; otras las tareas urgentes del Parlamento y la organización del partido, aplazaron su resolución... Algunas, los éxitos y las ocupaciones se la hicieron olvidar.

¿Por qué surgía de nuevo en aquel día de invierno, entre la nieve de su ancianidad, la imagen de aquella mujer? Era una evocación extraña, una especie de telepatía, como si una corriente eléctrica le agitase. Por un momento creyó no estar solo, sentir un aliento a su lado, la proximidad de otro ser, de un fluido, de un pensamiento que solicitase con fuerza el suyo... Miró en torno sobresaltado.

La figura de Alicia se conservaba en su memoria tal como la última vez que la vio: sonriente, tranquila, sin desconfiar de su amor; sin que ni un solo latido de su pecho le anunciase la perfidia del amante que la sacrificaba a la ambición. ¡Cuánto sufrió él también! Necesitó recordar todos los placeres que el mundo le ofrecería después del matrimonio, para consumir su traición. Hasta se engañó a sí mismo, para poderse ir, diciéndose que volvería de nuevo.

¡Pobre Alicia! Soportó su abandono sin un grito, sin una queja... no le molestó jamás... y sin embargo, él supo que no dejó de amarle nunca... Se lo habían asegurado viejos amigos... lo escuchaba siempre con satisfacción... Ya hacía muchos años que nadie le hablaba de la historia aquella... enterrada en un pasado remoto.

Creía aún ver a Alicia con su belleza rubia, menudita, pálida, de rostro de marfil y manos de hostia, quebradiza y frágil como flor de almendro temprano. Le parecía que se acercaba a él con la mirada dulce de sus ojos claros, de extraños cambiantes de acero, tan ingenuos y tan puros como un lago que dejase ver el fondo limpio de sus pensamientos.

Ni por un momento le ocurrió nunca la idea de las transformaciones que habría operado el tiempo. La veía alta, erguida, grácil, con su talle delicado y esbelto. Más de una vez volvió la cabeza en la calle al paso de una joven rubia, delgada y frágil, diciendo: «¿Será ella?»

El coche se detuvo en la puerta de los ministerios de Instrucción Pública y de Fomento.

Dentro del gran patio de ladrillitos cuadrados, que desvanece con sus cambiantes de agua rizada, esperaban dos soberbios coches de ministro, con lacayos galoneados en el pescante. Los coches en que se suceden unos a otros. Por ir en ellos sacrificó él sus sentimientos más nobles, lo que no podría recobrar nunca en su triste vejez solitaria. ¡Han rodado la fe y la dignidad de tantas personas ante aquellos estribos!

Subió la escalera lentamente, tapándose la boca con el pañuelo y devolviendo los saludos sin pararse.

A pesar del mal tiempo, la afluencia de pretendientes era grande. Los empleados iban de acá para allá, presurosos y de malhumor, rebuscando Gacetas y reales órdenes entre el continuo tejer y destejer de una legislación que se pliega a todos los caprichos de los influyentes, a quienes se necesita complacer, sin reparar en la justicia de sus peticiones.

Un jefe de negociado, alto, de mal guarnecido cráneo y aspecto de necio satisfecho, se pavoneaba ante la mesa de su despacho. El senador le saludó con la mano, recordando cuántas veces se humilló en su presencia para obtener aquel puesto de pequeño tiranuelo, y penetró en la sala de espera.

— ¿Aviso al señor subsecretario? — preguntó el portero.

— No; no tengo prisa; esperaré a que haya terminado su tarea — murmuró don Juan, sentándose en el ángulo del sofá, cerca de una ventana.

Quedaban unos diez visitantes, que iban siendo llamados por turno ante el subsecretario. La prontitud con que se hacían los llamamientos probaba la poca atención que se les prestaría. Pero los pretendientes iban contentos, creyendo haber sido escuchados.

Don Juan vio con satisfacción que no había mujeres jóvenes y bonitas, pues ya sabía por experiencia que ésas tardan más en salir de los despachos de los ministros y de los subsecretarios.

Desde el gabinete cercano llegaban las conversaciones de los escribientes, que abrían y comentaban la correspondencia del jefe.

La gran antesala, alta de techo y poco guarnecida de muebles, tenía algo de solemne; todos hablaban en voz baja, y los desconocidos se miraban unos a otros con recelo. De vez en cuando se apartaba el portier, y un nuevo visitante se detenía deslumbrado junto a la puerta, buscando una orientación entre todas aquellas gentes que esperaban. Algunos jefes de negociado, con la cabeza descubierta, paso ligero y el legajo de papeles debajo del brazo, entraban y salían del despacho del subsecretario, causando la envidia de los atormentados por larga espera.

Don Juan lo contemplaba todo. En el estado de su espíritu veía lo ridículo, lo cómico, lo vano de toda aquella farsa de egoísmos, luchas y miserias. Sin duda acababa también de morir en su alma la ambición, y veía claro la insignificancia de lo que antes le parecía grande.

Una señora, sentada en el otro extremo del sofá, atrajo al cabo su atención. Llevaba un traje color marrón y una capota violeta sobre los cabellos blancos, blancos como la nieve del jardín. Sostenía con trabajo el corsé un cuerpo flácido, de pecho hundido, al que no se ceñía la floja tela de su traje; la carita arrugada, color tabaco seco; sumida la desdentada boca; en punta la barbilla y tallado en nervios el cuello. Aquella anciana tenía para don Juan un extraño encanto. ¿Por qué? Acaso por la plata de los cabellos, sobre los que parecía un pensamiento temprano la gorrita violeta... Acaso por los ojos claros, dulces, tranquilos, que brillaban juveniles dentro de las hundidas órbitas sin pestañas. Le parecía conocer la caricia de una mirada semejante...

— Doña Alicia Moreno — dijo el portero mayor, llamando a la anciana, que se dirigió con paso vacilante al despacho del subsecretario.

¡Alicia Moreno! ¡Alicia Moreno! ¿Había oído bien? Trémulo, formuló don Juan su pregunta al portero:

— ¿Quién es esa señora?

— Doña Alicia Moreno, directora de la escuela de Ávila.

¡Oh! ¡Era ella! ¡No cabía duda! Entonces pensó por vez primera en las transformaciones de los años desaparecidos. ¡Sus existencias de jóvenes habían pasado hasta el punto de no conocerse!

Y sintió una amargura, una amargura infinita, al perder la visión de aquel rostro juvenil y fresco, para sustituirlo con la imagen de la anciana de los cabellos blancos. ¡Imposible! Alicia seguiría viviendo joven en sus recuerdos; la anciana no tenía nada de común con ella.

Entonces, con temor supersticioso, se explicó el pertinaz recuerdo de antes hacia aquella mujer que se le acercaba. ¿Le recordaría ella también? Evocó la caricia de los ojos claros, la misteriosa simpatía que les aproximaba, y por un momento pensó en los últimos días de una vejez dulce, con las remembranzas de queridas memorias... Sí; al salir Alicia de aquel despacho, la seguiría, le pediría perdón... En su memoria se confundían de nuevo, bajo la mirada clara, la Alicia de cabellos blancos y la Alicia de cabellos rubios.

Se entreabrió la puerta y apareció entre las cortinas la curva silueta de la anciana.

— ¡Señora!... — murmuró don Juan aproximándose.

Se detuvo ella, y miró tranquila, esperando.

Él no hallaba qué decir. ¡No le conocía! ¡Sin duda, ella guardaba otra imagen de juventud!

— ¡Caballero!... — repuso al fin una voz cascada, extrañando aquel largo silencio.

— Este pañuelo, ¿es de usted? — preguntó el senador, recogiendo el suyo del sofá.

— No, señor.

— Creí... — tartamudeó.

— Gracias.

— ¡No me ha reconocido! — exclamó él viéndola alejarse lentamente — ¡Más vale así! Es preferible que no conozca el dolor de ver morir en el alma una imagen de juventud y amor acariciada tanto tiempo... ¡Para ella, al menos, vivirá el recuerdo!

Y se limpió apresuradamente los ojos con el pañuelo, mientras guardaba con la otra mano en el bolsillo los empañados lentes, para entrar en el despacho del subsecretario, que llamaba obsequioso desde la puerta:

— ¡Mi querido don Juan!...

*(Cuentos de Colombine, 1908?)*

# LA LEALTAD

## *Diálogo entre Judas y el Cura de un pueblo*

Judas.— ¿Está el párroco?

Cura.— Servidor. ¿Qué deseaba?

J.— Vengo a reclamar mi puesto en un altarcito.

C.— ¡Cómo!

J.— Soy un apóstol que tiene derecho a culto lo mismo que los demás.

C.— ¿Quién eres?

J.— San Judas Iscariote.

C.— ¡El réprobo! ¡Misericordia!

J.— No, no te asustes. Estáis en un error los que me excluís del santoral y me suponéis en el infierno rechinando unos dientes que ya no tengo.

C.— ¿Te perdonó Dios con su misericordia infinita?

J.— No sé si me perdonó alguien ni si hay quien me pueda perdonar. Pues desde que hice la tontería de ahorcarme no he vuelto a ver a nadie de mis conocimientos, ni encontré gloria, infierno, limbo ni nada de esas cosas de que mi amigo Jesús nos hablaba.

C.— ¿Tratas con esa familiaridad al Divino Maestro?

J.— ¿No ves que nos hemos criado juntos?

C.— Pero su divinidad...

J.— Eso no reza conmigo ni con los otros. Para admirar lo divino tenemos que verlo a distancia, engrandecido por lo ideal, por el misterio.

C.— No deja de ser una apreciación tuya.

J.— Bien. ¿Me das mi altar?

C.— ¿Insistes en creerte santo?

J.— ¡Naturalmente!

C.— ¿Y qué te importa la santidad si dices que después de la muerte no hay nada?

J.— Atavismos de mi cerebro de hombre.

C.— Pues juzgándote como hombre tenemos que abominar de ti, que vendiste a tu Maestro y amigo.

J.— ¿No tenéis lógica los hombres?

C.— Sí.

J.— Pues admitiendo vuestro vocabulario y vuestras leyendas, ¿no veis que yo era un instrumento de la divina voluntad?

C.— ¿Qué dices?

J.— El drama del Calvario no era ni más ni menos que una de tantas obras teatrales como representáis todos los días. Lo habían combinado en el transcurso de los siglos. Era preciso, para que los hombres se redimieran del terrible pecado de buscar la sabiduría, que cometieran otro pecado mayor y asesinasen nada menos que al hijo de Dios, quizás porque este quería castigarse a sí mismo de no haber sabido evitar el pecado primero.

C.— ¡Blasfemas!

J.— No. Oye. Cada actor tenía asignado su papel desde muy antiguo. A mí me tocó el de traidor. ¿Qué querías que hiciera? ¿Me iba a rebelar contra el autor divino? Tuve que resignarme, y lo único que hice mal fue tomarlo tan en serio.

C.— No sé qué pensar.

J.— Tan santo soy yo como Pedro, que lo negó tres veces, y lo habéis hecho Sumo Pontífice.

C.— Tu testimonio de que todo pasó según los Evangelios es interesante.



J.— No; ten en cuenta que yo apenas me acuerdo ya de nada. Vosotros habéis arreglado las cosas a vuestro gusto; lo único que hago es admitir como bueno vuestro relato para argumentar con vuestras creencias.

C.— ¿Conociste a todos los apóstoles y a María Magdalena?

J.— Muchas mujeres conocí de ese nombre. Los apóstoles deben de ser los amigos de Jesús. No; no los conocí a todos.

C.— ¿Conociste a su madre?

J.— Excelente mujer, que sufrió mucho por las rebeldías del hijo. Fue una buena madre.

C.— ¿Y San José?

J.— Buen hombre, que no era justo reducir a papel tan secundario. Ya ves si siendo todos ellos santos tengo derecho a defender mi puesto.

C.— Y aun suponiendo eso, ¿qué advocación podías tener, si ya están todos los puestos ocupados? Hay patronos de todos los lugares y abogados para todas las cosas.

J.— Yo sería el que tendría clientela más considerable si me hacíais abogado de los traidores.

C.— ¡Cómo!

J.— Sí. La traición, tan repugnante como es, reina en la tierra de modo hipócrita. Seré el santo de la devoción de los amantes de ambos sexos. De las mujeres casadas y de los maridos, de los criados y de los gobernadores, de todos los amigos fraternales, de los grandes políticos.

C.— Pero aunque así fuera, ¿crees que nadie querría confesarte su devoción?

J.— Claro que no, si me llamabais abogado de la traición; pero si como es uso me dabais el nombre contrario, todo se había salvado.

C.— ¿Cómo habíamos de llamarte?

J.— Abogado de la lealtad.

C.— Habría un engaño.

J.— El mismo que existe en las demás cosas. Todos se enmascaran con aquello que necesitan para no ser conocidos; de modo que el truhán se llama honrado, la adúltera virtuosa, el necio sabio... etc. En cambio el honrado suele pasar por pillo si la fortuna no le acompaña.

C.— Me asombras.

J.— Así es la vida. Lo peor que hay que ser es sincero. Se perdona al malo y al traidor porque es de los nuestros; aquel que con su conducta o sus palabras es un contraste de nuestros vicios, hay que combatirlo y calumniarlo de modo que resulte culpable.

C.— Según eso, los hipócritas son los que medran.

J.— Así es.

C.— Pero tú fuiste traidor.

F.— Mi traición ya te he demostrado que fue voluntad divina que existiese. Cuando Dios manda ser malos, nosotros no tenemos culpa en obedecer.

C.— Él sabrá por qué lo hace.

J.— Pues poco trabajo le costaría explicarlo. O a lo menos, si necesita valerse de la traición, no castigar a los traidores.

C.— Es que, como tú has dicho antes, nada es tan repugnante como esto.

J.— Por lo mismo que nada abunda más y nos toca tan de cerca.

C.— Bueno; pero si te quedas aquí, nos darás tus reliquias.

J.— ¿Para qué quieres estos pobres huesos carcomidos?

C.— Porque todo eso produce dinero. Tus devotos, creyendo en los milagros que por tu mediación se obren, nos cubrirán de riquezas.

J.— ¿Y yo qué gano con eso?

C.— Sigues siendo avaro. Ganas que te lleven en procesión, se te guarde en urnas preciosas, se te honre...

J.— No es poco. Pero ¿y si luego resulta que cada hueso os lo lleváis a un sitio distinto y armáis peleas por quién los posee?

C.— ¿Qué te importa a ti eso?

J.— ¡No me ha de importar! ¿Acaso crees que me será grato verme con cuarenta dedos como San Damián o con tres cabezas como San Pedro y cosas por el estilo?

C.— Eso es inevitable.

J.— Pues entonces no me conviene ser santo. Lo más que puedo regalarte es la cuerda con que me ahorqué para que hagas escapularios.

C.— Ya compraríamos cuerdas para eso; que aunque en realidad no fuera la misma, la fe salva.

J.— Pero se me ocurre que los fieles pudieran tener esta reliquia por infamante.

C.— Eso no importa. Ya ves que la cruz era entre vosotros tan infamante como tu cuerda, y hemos hecho de ella la enseña que venera todo el mundo cristiano.

J.— Es cierto. Todo es acomodaticio.

C.— La lástima es que devolvieras las monedas.

J.— ¿Hubieran servido también para reliquias?

C.— Ya lo creo. En punto a monedas, la Iglesia no es escrupulosa. Recibe todo el dinero que le dan ya de creyentes o de herejes, de suicidas o de pecadores.

J.— No me parece mal; pero yo para quedarme ha de ser en el puesto de Pedro y que el dinero sea mío y no suyo.

C.— Eso es imposible; lo que más se defiende aquí es el dinero.

J.— Pero es que yo tuve papel más importante que el suyo. Él no tuvo más que negar a Jesús tres veces, y yo me llevé todo el trabajo. Fui de los primeros actores.

C.— Casi el barba. Pero lo hecho ya no puede deshacerse.

J.— ¿Y no es una injusticia que él tenga palacios y poderío y yo me vea así?

C.— No tengas envidia.

J.— No es envidia, porque a la vuelta de algunos años todo el mundo se reirá tanto de Judas como de Pedro y no vendrá nadie tan iluso como yo a pedirnos altares. Es que debemos aprovechar el poco tiempo que nos queda.

C.— No creo yo que eso suceda tan pronto. Además de que tal vez sea conveniente, porque las gentes son tan necias que se cansan de lo que tienen y se apasionan de lo que desaparece. Puede que entonces les dé por echarnos de menos. ¿No ves lo que sucede con el paganismo? Siempre andan a vueltas los poetas con Diana y Apolo.

J.— Es que los dioses paganos tenían belleza para servir de elementos al arte. Eran hermosos y humanos, pero ¿qué poesía hemos de tener unos cuantos pobretones piojosos, que ni siquiera nos lavábamos en las orillas del Tiberiades?

C.— De eso mismo hemos hecho vuestro mérito. El cristianismo ensalzó la pobreza, la castidad y la porquería.

J.— Y eso sedujo a los esclavos, porque desearon vengarse de sus amos, haciendo que estos disfrutaran de sus miserias; pero ya el ideal es otro. En vez de la pobreza para todos, la humanidad aspira al bienestar general. Van aprendiendo demasiado.

J.— Tenéis razón, no lo niego. Hoy los humanos no quieren nada que se oponga a la Naturaleza. Por eso mismo venía yo a buscarte.

C.— ¿Cómo?

J.— Porque nada hay tan natural como esas pasiones y egoísmos que nos incitan a buscar nuestro bien, y a las cuales llamáis traición.

C.— De eso no me convences. La traición debe desaparecer.

J.— Tal vez llegue un día en que desaparezca.

C.— ¿Cuándo será eso?

J.— El día en que ya hayáis desaparecido vosotros con vuestros despotismos y mentiras y los hombres de corazón puro pueblen la tierra.

C.— Eso me parece un absurdo.

J.— ¿Y hay absurdo mayor que el que durante tantos siglos nos ha hecho aguantaros?

C.— Vete. Eres un demonio que has venido a tentarme.

J.— ¿Crees más fácilmente en que existan demonios que en que los hombres puedan ser buenos?

C.— Yo no debo discutir, debo creer.

J.— ¿De qué te sirve la razón?

C.— Para defender mis creencias.

J.— ¿Pero por qué crees?

C.— Por la fe.

J.— ¿En qué la basas?

C.— En nada; la fe no discute.

J.— Vuestra fe es virtud de ciegos. ¿No tienes otro argumento mejor?

C.— No.

J.— Entonces te dejo.

C.— Vas disgustado porque ves lo que nos ha producido ese drama, y sientes no ser de los empresarios o estás arrepentido de no exigir más dinero por tu traición. ¿Verdad?

J.— Al contrario. Pienso que no fui tan necesario como me creía en mi papel de traidor, porque cualquiera de vosotros me hubiera suplido con ventaja; y reconozco que los escribas y fariseos me pagaron demasiado caro.

*(La voz de los muertos, 1911)*



## EN EL REINO DEL MISTERIO

Pasaba el tiempo envuelto en aquel ambiente tan agradable de Lisboa. Había vuelto a recobrar su buen humor, su carácter optimista, un poco aturdido, y gozaba del descanso de los galanteos en que se había enredado con una portuguesa. El espiritismo seguía atrayéndolo siempre; pasaba largos ratos con el Doctor, lo acompañaba a veces en sus visitas, viéndole recomendar en la mayoría de los casos la sugestión como mejor remedio.

— Por lo menos, si no acierta, tampoco les hace gastar en botica — pensaba — ni los mortifica con esos agrios, salados y amargos que tienen todos los remedios, como si la salud estuviese reñida con lo agradable.

Iba también con él a las sesiones experimentales en las que comprobaba cómo la mesa se levantaba sin presión de ninguna clase; y la disminución de peso que sufría el médium, mientras que los objetos materiales aumentaban. Sin embargo el caso de que la voluntad de uno influyese sobre lo que marcaba el dinamómetro hacía vacilar todos sus cálculos.

Aquella mañana, en el momento que se disponía a salir del Hotel, se acercó a ellos una jovencita, cuasi una niña, con paso vacilante y mirada incierta, que parecía quererles decir alguna cosa.

Los dos detuvieron el paso.

— Doctor — dijo la niña con una voz tenue — vengo a buscarlo.

— ¿Qué desea?

— Es preciso que venga usted a ver a mi madre, a mi pobre madre que está muy grave.

— En este momento no puedo.

— Pues es en este momento cuando lo necesito.

— Déjeme su dirección — repuso Ferreira, intentando de excusarse aún.

— No. Vendrá usted conmigo.

— Pero...

— Acompañeme usted.

Bernabé vio que el Doctor sentía los efectos de la voluntad de la muchacha que, pálida como la cera y extenuada, parecía próxima a caer.

— Tomen ustedes el coche — dije, ofreciendo el que yo había llevado — yo esperaré aquí.

Él mismo ayudó a subir a la extraña joven que, con su voz afónica, sin eco, dio una dirección al cochero.

Al cabo de una hora volvió el carruaje con el Doctor. Este, en cuanto vio a Bernabé, le gritó:

— Suba usted.

El joven le obedeció.

— ¿Dónde vamos?

El Doctor repitió la dirección que una hora antes había dado la joven. Bernabé notó que estaba pálido, tembloroso, emocionado.

— ¿Qué le sucede? — preguntó.

Pero en lugar de contestarle, el Doctor preguntó a su vez:

— ¿Ha visto usted a la niña que vino a llamarme hace un par de horas?

— Sí...

— ¿La ha visto usted? ¿Está seguro?

— ¡Naturalmente!

— ¿La reconocería usted si la volviese a ver?

— ¡Sin duda!

Hubo unos minutos de silencio durante los cuales Bernabé pensaba en las extrañas preguntas del Doctor y en qué podía haberle ocurrido a la niña. De pronto Ferreira preguntó:

— ¿No le llamó a usted nada la atención en esa criatura?

— Es bonita, juvenil, tenía un aire tímido y ruboroso muy interesante.

Él interrumpió con impaciencia:



— Sí, sí, pero ¿nada extraño?

— Estaba muy pálida, muy agitada, cosa natural teniendo grave a una persona tan querida...

— ¿Y nada más? ¿No observó usted nada en el rostro, en los ojos, en la faz? Bernabé reconcentró sus recuerdos.

— Tanto me pregunta que empiezo a creer notar algo raro en su modo de hablar, de mirar y de moverse, de los que hasta ahora no me había dado cuenta.

— ¿Y qué recuerda?

— Es como si hubiese tenido algo de sonámbula. Pero quizás son sólo imaginaciones mías que nacen en este momento. Tal vez me sugestione usted, Doctor.

El coche se había detenido a la entrada de una estrecha callejuela. Se bajaron siguiendo a pie hasta la mitad de ella. El Doctor delante y él detrás, subieron la escalera de una pobre casa y entraron en un cuarto desmantelado. Del camastro colocado en un rincón salió una voz de mujer que decía con complacencia:

— ¡Otra vez aquí, Doctor!

— Quería ver el efecto de la inyección.

— Me ha sentado tan bien...desgraciadamente...es mejor que me dejen morir... ¿Para qué quiero yo la vida?

El médico pronunció algunas palabras de consuelo.

— ¡Hay que tener resignación! Descuide usted que nada le ha de faltar. Yo me encargo de todo.

Así diciendo entró en la habitación contigua, seguido de Bernabé. Este no pudo reprimir un grito ahogado y retrocedió unos pasos.

En el pequeño cuartito abuhardillado, bajo de techo, frente a la ventana abierta, estaba tendida en una pobre caja de madera blanca la niña que había ido a llamar al Doctor.

— ¿La reconoce usted?

— Sí... es ella... ¿Pero cómo ha sucedido esto?

— ¡Murió ayer!

El joven miró al Doctor con espanto.

— Sí, esta criatura que hemos visto los dos hace un par de horas, que hemos oído, que ha visto y oído el cochero...era una muerta. Está muerta desde ayer.

El joven, aterrorizado, no podía pronunciar palabra.

— Cuando llegamos, vi a la enferma, que me contó que estaba sola, sin tener quien la cuidara; le receté y le dije la urgencia de lo que necesitaba hacer en el estado de postración en que se hallaba pues unas cuantas horas más la hubieran matado. ¿Quién le ha llamado usted? — me preguntó. Y como le respondiera que su hija, rompió a llorar y me dijo: “Yo no tengo a esa hija. La única que tenía murió ayer. Aún está en ese cuarto». Entré lleno de curiosidad y encontré a la niña como usted la ve.

— Pero...

— Los vecinos comprobaron que murió ayer tarde.

— Es incomprensible.

— Y más lo es que nadie de la calle, ni de la casa, la han visto entrar ni salir. Todos afirman que llegué solo.

— ¿Cómo explicarse esto?

— Por la fuerza del amor que la criatura profesaba a su madre, que le ha permitido materializarse e irme a buscar. ¿Quién le indicó mi dirección? Estamos en el reino del misterio. Como usted comprenderá desde hoy cuidaré de la infeliz madre.

Bernabé, atónito, apenas oía, repitiéndose con terror:

— ¡Era una muerta! ¡Hemos hablado y oído a una muerta!

*(El retorno. Novela espiritista. 1902)*

## EL ARTÍCULO 438

*«El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matase en el acto a ésta o al adúltero o les causara alguna de las lesiones graves, será castigado con la pena del destierro». «Si le causara lesiones de segunda clase, quedará libre de pena. Estas reglas son aplicables a los padres, en iguales circunstancias, respecto de sus hijas menores de veintitrés años y sus corruptores, mientras aquéllas vivan en la casa paterna». «El beneficio de este artículo no aprovecha a los que hubieran promovido o facilitado la prostitución de sus mujeres o hijas.»*

CÓDIGO PENAL

### I

La habitación, con los balcones entornados, las cortinas de yute corridas, ofrecía, en su semioscuridad, un refugio agradable contra aquel calor que abrasaba las plantas de la vega y marchitaba la lozana floración de los cármenes.

Tenía algo aquella salita de esas habitaciones de las colonias tropicales, con el suelo de ladrillo rojo, recién fregado, las paredes muy blancas, sin pensar en el terrible reflejo que el cegador sol de Granada arrancaba de ellas, y los muebles de madera, ligeros, sencillos, blancos y perezosos. Todo el adorno eran jardineras, alcarrazas y jarros con ramos de flores, colocados en las hornacinas, que unían su perfume al fuerte olor de jazmines, madreSelva, reseda y albahaca que subía del jardín.

— ¿Conque es decir que te niegas en absoluto? — dijo una voz de hombre, de tono agudo e imperativo después de un largo silencio.

— Sí — respondió una voz dulce y firme de mujer.

— Muy decidida estás...

- Mucho...
- ¿Y si yo se lo exijo?
- Será inútil.
- Me harás cometer un desacierto.
- Peor para ti.
- Parece que hay alguien que te ayuda y te sostiene.
- No lo necesito. En cinco años de casados ha desaparecido cerca de la tercera parte del capital que me dejaron mis padres. Yo tal vez podría resignarme a sufrir la miseria; pero tengo una hija y no tengo el derecho de arruinarla. No cuentes con mi firma en absoluto para nada.
- Parece que me reconvienes como si yo fuese el culpable de que negocios que parecían seguros hubiesen salido mal, contra toda lógica.
- No quiero saber nada de eso. No te recrimino; pero no puedo seguir consintiendo especulaciones que la suerte no acompaña.
- ¿Y crees que vamos a vivir con el mismo pie sólo con las rentas?
- Me reduciré todo lo que sea preciso... Pero nada más que lo que sea preciso, ¿entiendes?
- ¿Y vas a negarme los medios de recuperar lo perdido, de volver a rehacer nuestra fortuna?
- Evito que la perdamos por completo.
- Piensa lo que haces.
- Lo tengo pensado.
- Entonces, como yo no me puedo resignar a vivir en Granada, como un buen Juan que vivo del dinero de su mujer, sin trabajar, cosa que no he hecho nunca, pues siempre he tratado de aumentar el capital, con buena o mala suerte, nos iremos de aquí.
- Puedes irte cuando gustes.

— Tú me seguirás.

— ¿Y si no quiero?

— Te obligaré. Tú olvidas que yo soy el marido, el hombre. Tengo el derecho de administrar los bienes y de elegir el domicilio que me acomode.

— No quiero salir de Granada.

— ¿Qué tienes, que te atrae tanto en ella?

— Que no quiero verme sola, a merced tuya, en tierra extraña.

— ¡Linda respuesta! ¡Sola estando con tu marido! Estás obligada a seguirme, y me seguirás.

— ¡No quiero! ¡No quiero!...

A pesar de los esfuerzos para conservar la entereza; la voz de la joven, mojada en lágrimas, se estrangulaba en la garganta. El marido se puso de pie, dio algunos paseos por la estancia, se aproximó a la ventana y la abrió con un movimiento nervioso. Era un hombre muy alto, regular de carnes, de color moreno, con el cabello negro alisado en torno de la frente ancha; la nariz prominente, los labios groseros, un bigote poblado, con las largas guías hacia arriba, y unos ojos grises, indecisos, rodeados de un halo morado, donde se marcaban esas hinchazones y esas arrugas que graban las orgías y el cansancio de los placeres. Era un tipo de hombre guapo y buen mozo, capaz de inspirar ardientes pasiones a mujeres vulgares, pero antipático, repulsivo, con su aire de petulancia y degeneración, para un espíritu un poco delicado. Ella era una mujercita de estatura regular, de formas finas, redondeadas y graciosas, con esa gracia un poco felina de las mujeres de Granada, todas ritmo y ondulación. La línea de los hombros era perfecta y unía, por medio de una garganta firme y torneada, el busto a la cabeza de cabellos castaños y ondeados. La tez tenía ese tono pálido y ardiente de las morenas — blancas; el rostro, de la misma suavidad de líneas, ofrecía un aspecto de la cándida pureza humana de las vírgenes de los primitivos italianos. Tenía los labios muy rojos, en corazón, gordezuelos y jugosos, y los ojos grandes, pardos, llenos de luz, con las pestañas espesas, arqueadas, sombreándolos intensa-

mente y velando la luz, que se escapaba en un chispear luminoso de puntitos de oro de sus pupilas. La ligera bata blanca, escotada, que se rosaba con el transparente de su carne, permitía admirar el cuerpo armónico y juvenil. Él se paró frente a ella, la contempló largo rato en silencio, sin conmovirse por su belleza, y al fin, cuando creyó haberla sugestionado lo bastante, al verla temblorosa y sin atreverse a levantar los ojos, dijo:

— Piensa bien lo que haces, María de las Angustias.

— Lo tengo pensado, Alfredo.

— Entonces yo sé lo que he de hacer. Hay que vender los muebles... La niña se quedará en un colegio... Nosotros saldremos para Madrid.

— Yo no me separo de mi hija.

— Es indispensable. Yo no la puedo exponer a las vicisitudes de la suerte que vamos a experimentar nosotros.

— Pero yo no me conformo con todo eso... Tenemos para vivir bien y tranquilos aquí.

— Es una apreciación tuya.

— No dejaré que me quites mi hija...

— No es quitártela. Soy el hombre, el marido, el padre, y tengo el derecho de educarla como me plazca.

— Pero yo no puedo consentir esto... Has pisado en mí a la mujer... Bien lo sabes... Me has herido en todas mis delicadezas... me has hecho sufrir... Me has maltratado... Pero no consentiré que me separes de mi hija ni que la arruines... Pediré el divorcio... Acudiré a los Tribunales...

Él soltó una carcajada.

— ¡Pobrecilla! ¡El divorcio! ¿Qué puedes alegar contra mí?

— Tú lo sabes, tú lo sabes... Malos tratos..., borracheras..., queridas.

— No seas niña. Nadie es capaz de atestiguar nada de eso. Soy un buen marido que no hace ni más ni menos que lo que hacen los demás hombres en mi caso.

— No quiero vivir contigo.

— Pues vivirás, quieras que no...

— Prefiero que me mates.

Ella se levantó, loca de ira, y se abalanzó hacia él, murmurando frases de indignación. Él la sujetó con fuerza, sin perder la calma.

— No, hija mía. Tú quisieras una escena violenta. Que yo te hiciese daño... Algo que justificara tus quejas... No soy tan tonto... Me marchó y te dejo que pienses con serenidad lo que te conviene. Si quieres tenerme a tu lado y administrar tus rentas, estoy conforme. Me someto a tu voluntad en castigo de haber cargado con una mujer rica y ñoña, como tú eres, habiendo tantas mujeres interesantes.

— ¿Eso más?

Él siguió, sin hacer caso de la interrupción:

— Si quieres tener un rasgo de cordura, dame la firma que te pido para vender el cortijo de la Vega... Con ese dinero emprenderé el negocio de la uva en Londres; ya te he explicado lo seguro que es... Puedes venir conmigo.

— ¡Oh, no! — exclamó ella con terror — No he olvidado los otros viajes.

— Que hubiesen sido deliciosos sin tus tonterías de provinciana, de mujer sin cultura y sin distinción... ¡Después de todo, no es culpa tuya! Si quieres, te quedas aquí... Tengo confianza en ti. Pero esto es la separación.

— ¿Tardarías mucho en volver?

— Mucho. Aquello, una vez comenzado, no se puede dejar. Haría alguna que otra escapadilla, por verte... Ya sabes que, a pesar de todo, te quiero... No hay otra como tú para mí...

Intentó acariciarla y ella retrocedió.

— ¿Me guardas rencor?

— No, no es eso... ¿De modo que tú vivirías en Londres y yo aquí?

— Sí.

— ¿Y... Y... me dejarías tranquila?

— Si tú lo deseas...

— Prométemelo...

— Te lo prometo.

Ella meditó.

— Alfredo, tengo tanto deseo de tranquilidad, que te daría esa firma si supiera que me cumplirías esto... Pero no te creo...

— Te juro cumplirlo, ya que tanto te pesa tenerme a tu lado.

— Tú sabes que después de lo sucedido entre nosotros, yo no te puedo amar.

— Bueno. Hagamos el trato de la separación amistosa.

— ¿Y no pedirás luego el sacrificio de otra finca?

— ¡Te juro, también, que no!

— ¿Y será cierto que te vas?

— No lo dudes.

— Entonces..., entonces... Tal vez me atreva a comprar mi tranquilidad... de esta manera.

— Pues firma, y no te molesto más.

— No. Ahora no. Déjame pensarlo... Vete... Hasta mañana.

Alfredo tuvo una sonrisa de triunfo y salió de la estancia. María de las Angustias se dejó caer de nuevo en la mecedora, y tapándose el rostro con las manos, pequeñas y ensortijadas, exclamó con desesperación:

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no he de poder yo romper este lazo?



## II

María de las Angustias era la víctima de las leyes y las costumbres españolas. Hija única de una familia distinguida, la habían educado de la manera que se acostumbra a educar las hijas en Andalucía. Sus padres, millonarios, poseedores de una de las primeras fortunas de la provincia, habían procurado que la niña tuviese una ignorancia absoluta de todas las cosas del mundo. Toda la infancia la pasó María de las Angustias en una finca que poseían en Motril, a orillas del mar, sin tratar más que a las hijas de los aldeanos, que miraban a sus padres con el respeto que los andaluces guardan al amo, como una reminiscencia de los tiempos feudales. Ella era la pequeña tirana a la que todos obedecían; la señorita, con la que no se atrevían a familiarizarse. No tuvo amigas, sino servidoras, y no vivió la vida en el concierto de las demás gentes, sino una vida aparte. Aquel ambiente, aquella soledad moral, de la que no se daba cuenta, la hicieron hermética. Elaboró sueños que escondió dentro de su alma y anhelos que se fueron reconcentrando en ella de un modo apasionado.

Cuando, con sus diez y seis años, la llevaron a Granada, tomó el barniz externo de la escasa sociedad que la dejaban frecuentar, por ese poder de asimilación que hay en las mujeres; pero en el fondo permaneció inadaptable, entregada a su fantasía. No tenía amigas no frecuentaba reuniones; salía sólo con su madre para ir a misa y al rosario en las Angustias, a pasear en coche por la Alhambra o por los paseos del Salón y la Bomba o algunas noches a dar la vuelta por la plaza de Bibarrambla y la Carrera del Darro, para ver los escaparates.

Y en aquel país de mujeres bellas, su belleza llamaba la atención. Los piropos brotaban como flores a su paso, y cada día la seguían en la calle media docena de muchachos. Llovían cartas de declaración; la acera fronteriza al carmen donde moraba tenía siempre guardia de honor, de la multitud de pretendientes que por allí rondaban paseando sin cansarse de un extremo a otro de la acera. Ella no los veía más que desde su balcón, por cima de la verja que daba entrada al cuadro de jardín que había delante de la casa. Los confundía a todos, no pudiendo tratar a ninguno, y no llegaba a enamorarse

de nadie. Ella necesitaba conocer y estimar a alguno para elegir y los padres la separaban del trato de todos reservándose el buscar ellos el mando conveniente cuando juzgasen que había llegado la edad a propósito.

Alfredo fue el forastero. Se abrió su corazón con el prestigio del forastero. Vio su nombre en los periódicos y lo contempló triunfante la noche en que daba una conferencia en el teatro. Él era el héroe de la fiesta y atraía la atención de todas las muchachas con sus grandes bigotes a lo Kaiser, su aire fanfarrón, vestido de smoking, con botones de brillantes y el pañuelo en punta saliendo como una flor, del bolsillo izquierdo. Le agradó, sobre todo, por un sentimiento de orgullo satisfecho. Todas las muchachas se esforzaban por hacerse notar del forastero y él la prefirió entre todas. Sólo tuvo ojos para ella... Fue un triunfo que le agradeció en el fondo de su alma, con puerilidad femenina. El placer de ver celosos a sus pretendientes y eclipsadas a sus rivales.

Pensaba ahora en el absurdo de aquellos dos primeros años de su matrimonio, viviendo sus padres, cuando su marido se negaba a admitir nada más que el modesto sueldo de secretario de su suegro para sus gastos personales. Bien es verdad que vivían en el carmen, con criados, coches, automóviles y todo el lujo habitual, que suponía un gasto de muchos miles de duros al año. Por fortuna no engañó al suegro aquella hipocresía y dejó bien arreglado el testamento para que no pudiese disponer del capital de la hija.

En cuanto se vio dueño había cambiado de conducta. Primero quiso que ella lo siguiera en su vida de depravación y de lujo. Todo cuanto podía hacer para corromper su espíritu lo ensayó cínica y meditadamente; hasta que, convencido de la incorruptibilidad de su mujer, se desentendió de ella para alternar libremente con amigos degenerados y mujeres de baja estofa.

Recordaba aquellas noches de pesadilla en las que, amándole aún, le esperaba en vano. Su dolor, su desconcierto de verlo beodo, grosero, brutal, cuando supo que tenía queridas, no le inspiró ya celos, sino asco, fue por entonces cuando nació su hija. Su corazón, libre del amor del marido, se refugió en aquel nuevo amor. Sentía en su alma aletear la pasión romántica y sensual con todas las ansias incumplidas; pero se abrazaba al amor de la hija

con el ardor y la fe con que los místicos se abrazan a la cruz. Aquella criaturita blanda y rosa, de grandes ojos turquesa era su defensa y su fortaleza.

Fue la madre la que tuvo perseverancia para revisar papeles y cuentas mientras él se entregaba a sus diversiones, y así pudo darse cuenta del estado de su fortuna.

Fuerte en su decisión, curada de la pasión imaginativa que su marido le había inspirado, llena de asco y de desprecio, compraba su libertad, dando a Alfredo repetidas veces la firma para que vendiese fábricas o propiedades con el fin — según le decía — de emprender otros negocios más lucrativos.

Mientras duraba el dinero, él la dejaba en paz. Al acabarse, volvía, se fingía apasionado, reclamaba sus derechos de esposo y, exasperado por sus negativas, la maltrataba, la insultaba, le hacía sufrir sus borracheras, de alcohol unas veces y otras de éter y de morfina. Luchaba por corromperla, por hacerla participe de sus vicios, y ante la triste serenidad de la joven se desesperaba y llegaba a todas las violencias.

Era él quien procuraba pervertirla, presentándole amigos, haciéndole alternar con gentes inmorales, humillándola delante de mujerzuelas cuyo trato le imponía. Se veía aislada, sola; no tenía ninguna verdadera amiga, porque las costumbres de su marido habían alejado a toda la severa sociedad que frecuentaban sus padres. Los criados eran todos hechura de Alfredo. Él había ido despidiendo uno a uno, todos los antiguos servidores y sustituyéndolos por otros, que le obedecían ciegamente, comprados a fuerza de dádivas, y que la aborrecían a ella por la disciplina que imponía en la casa y a la que se veían obligados a someterse. En aquellas condiciones aceptaba de buen grado firmar cuanto él quisiese por tal de verse sola, libre de aquel tormento. Al mismo tiempo sentía un remordimiento que se apoderaba de ella. ¿Tenía derecho, por aquel egoísmo suyo de paz y de sosiego, a dejar que arruinasen a su hija? ¿No era su deber luchar por aquella criatura, de la que no se ocupaba el padre? Alfredo fingía querer a la niña. La zarandeaba, la besuqueaba, hablaba de sus gracias y del amor que por la criaturita sentía; pero a sus solas no se ocupaba para nada de ella. María de las Angustias tenía la certeza de que era ella sola la llamada a velar por su hija. Eso le daba mayor energía.

### III

María de las Angustias salió a pie, la cabeza cubierta por el velo, y se deslizó por las calles más solitarias, en dirección al paseo de las Angustias, donde estaba el templo de la Patrona. Entró apresuradamente en las altas bóvedas llenas de sombras y se encaminó a la pila de agua bendita, buscando con los ojos algo que no tardó en encontrar. Un hombre estaba allí de pie y se adelantó a ofrecerle el agua, que ella tomó, rozando apenas la punta de sus dedos, y sin mirarlo hizo una ligera inclinación de cabeza y pasó presurosa, cuidando de no tropezar con las sillas y los reclinatorios que invadían todo el templo, para ir a arrodillarse ante el altar, donde, en su camarín, resplandeciente de luces, estaba la imagen venerada de los granadinos. Se persignó, clavó los ojos en la imagen y quedó como hipnotizada por el brillo que desprendía la alta corona, la pedrería de su manto bordado, entre las luces y las flores del camarín. Parecía un triángulo la imagen, con la cabecita pequeña, acabando en un ángulo, y el ensanche fastuoso de las ropas de brocado. Su gesto triste mostraba su dolor y su miseria entre tantas galas, mientras posaba la mirada en el cuerpo de aquel Cristo muerto, caído en sus brazos, como el niño que se acuesta en el regazo materno.

María de las Angustias quería rezar y pedir auxilio a la Virgen de su nombre en su tribulación; pero su pensamiento se distraía. Sentía sobre su cabeza el calor de una mirada que se fijaba en ella, insistente, y su oración fluía de un modo mecánico, sin el ardor que hubiera querido poner en ella, y la confianza que el ser la divinidad una mujer dolorosa lo inspiraba.

Nunca un Dios risueño y feliz atraería a los desdichados. Poco a poco se sentía adormecer, como consolada en la atmósfera del templo, de sombra espesa, con el olor especial de las iglesias, mezcla de incienso desvanecido, de cera quemada, de luces de aceite, de flores marchitas en los jarros y del vaho de las gentes que sin cesar entraban y salían con la piadosa costumbre de la visita a las Angustias, que era aún tan habitual en Granada.

Casi todas las señoras que volvían de los paseos paraban sus coches a la puerta de la iglesia, y muchas salían de sus casas, dando un momento de tregua a sus tareas, para cumplir con aquella consoladora visita. Se sentían

más felices después de saludar a la imagen, cubierta de seda, oro y pedrería, inmóvil e inmutable, simbolizando el mil agudo de los dolores.

No faltaba gran número de hombres entre la concurrencia. De allí habían salido no pocos matrimonios, entre personas que se conocieron en el templo o que se amaron o se reconciliaron al encontrarse allí. Bien es verdad que, a pesar de la devoción, se daban los enamorados citas expresas o tácitas en el templo. Más de un amor culpable aprovechaba la ocasión que se le ofrecía para sus entrevistas.

Resonaban los pasos de los visitantes de un modo atronador, con un ruido cóncavo, que se repetía y se quebraba en las aristas de las bóvedas. Los golpes de las sillas al moverse, de las puertas al cerrarse, formaban un estruendo que repercutía de nave en nave.

María de las Angustias seguía sintiendo la mirada de aquel hombre abrasarle la nuca. No sabía quién era, y ya llevaba un mes de encontrarlo allí todos los días. Iba por ella, no le cabía duda; le ofrecía el agua bendita al entrar y al salir, y oía luego sus pasos a distancia, acompañándola y protegiéndola hasta llegar a su casa.

La unía una gran simpatía a aquel hombre de fisonomía abierta, franca, y hermosos ojos oscuros y leales. Nunca le había dicho nada y ella sabía que estaba allí por ella, que la conocía y la amaba. No sabía quién era él. Se indignaba consigo misma por aquella impresión que experimentaba; pero todos los días encontraba disculpa para acudir a la cita. «¿Iba a dejar de ir a rezar a la Virgen?» Se proponía no tomar el agua que su desconocido le ofreciera y humillarlo con un gesto de orgullo y de altivez... Sin embargo, sus ojos lo buscaban y su mano se tendía para humedecer los dedos en el agua que él le ofrecía. Después, nada. No volvía la cabeza, no cambiaban una sonrisa, no se permitía él la más ligera familiaridad.

Sólo el ruido de sus pasos, siempre a igual distancia, le advertía que era seguida. Sin darse cuenta, el recuerdo de aquel hombre acudía a su memoria como un consuelo, frente a las exigencias del marido. Se sentía como menos sola, como protegida por él, y tenía miedo de perder aquella impresión tan dulce.

— El día en que me hable lo rechazaré, y entonces él se irá y no volveré a verlo — pensaba con miedo.

Por estar cerca de él prolongaba su estancia en la iglesia. Escuchaba aquellas alabanzas que el sacerdote recitaba con acento mecánico a la pobre Virgen Angustiada:

Rosa mística;  
Torre de David;  
Torre de oro;  
Arca de la Alianza;  
Puerta del cielo;  
Estrella de la mañana;  
Salud de los enfermos;  
Refugio de los pecadores.

Y encontraba grato el plural de la súplica que repetían a coro, y que parecía unirla más y más al desconocido.

— Ruega por nosotros.  
— Ruega por nosotros.  
— Ruega por nosotros.

#### IV

Cuando salió, él no estaba allí. Se detuvo un momento para tomar el agua, como si esperase que viniera a dársela, y dejó el templo con el corazón triste y oprimido. Lo buscó con la mirada en la calle, y durante el trayecto que la separaba de su casa volvió varias veces la cabeza.

— No está...No está... — pensó con dolor, y añadió, queriendo engañarse a sí misma: — ¿Qué me debe importar esto? Tiene que suceder.

Cuando entró en su casa fue al tocador, se quitó la mantilla y preguntó a la doncella:

— ¿Y la niña?

— Está en el comedor, con el señorito.

Se sorprendió un poco de la rápida vuelta de su esposo, y aunque no dijo nada, la doncella debió adivinarlo, porque añadió:

— Ha venido con un señor que ha convidado a comer.

— ¿Quién es?

— No lo conozco.

Entró en el comedor y tuvo que contener una exclamación de sorpresa. Él estaba allí. Lo presentó su marido:

— Mi amigo Jaime González, un antiguo compañero, al que quiero fraternalmente y que no sabía que estuviese en Granada. Te ruego que lo trates como de la familia.

Ella tendió la mano y sus dedos se tocaron tan levemente como cuando le ofrecía el agua bendita. Por fortuna la niña le alargaba los bracitos y María de las Angustias pudo esconder su rostro entre los vestiditos blancos y rosa. Se sentaron a la mesa y Jaime habló con un reposo, con una naturalidad que le comunicó serenidad. Él era granadino. Sus padres, labradores ricos, lo habían enviado a estudiar a Madrid, con ese empeño de los labriegos andaluces de librar a sus hijos de la esclavitud de la tierra. Había vuelto a Granada después de quince años de ausencia, y no sabía aún si marcharse de nuevo o si quedar allí.

— Debes quedarte — dijo Alfredo con apresuramiento —. Yo me pienso marchar a Inglaterra y me iría más tranquilo si tú estuvieses aquí para velar por María de las Angustias y la niña.

Cuando sirvieron el café, Alfredo miró al reloj.

— Necesito marcharme. Tengo una cita... ¡Cuánto lo siento!... Pero tú, Jaime, puedes quedarte acompañando a María de las Angustias. Quiero que os tratéis como hermanos.

— Es para mí un honor — dijo Jaime, poniéndose de pie —, y te lo agradezco infinito; pero esta noche tengo yo también una ocupación urgente..., y ya

iba a pedir permiso a esta señora para retirarme.

Se despidió y salió antes de que Alfredo pudiera detenerlo. Él se volvió hacia su mujer.

— ¿Has pensado en nuestro asunto?

— Sí.

— ¿Estás dispuesta a darme esa firma?

— Todo lo contrario.

— ¿Cómo?

— No quiero que te vayas de mi lado ahora. Le lanzó una mirada altiva, desdeñosa, y él, a pesar de su cinismo, no se atrevió a insistir. Se veía desabierto en la intención que le había hecho llevar a Jaime a su casa. No era ya la primera vez que presentaba a su mujer amigos que pudiesen interesarla. Le estorbaban su pureza, su dignidad, el buen concepto social de que disfrutaba, para imponerle mejor su capricho y dominarla más. Si delinquiera estaría completamente a merced suya.

— Entonces se han acabado las contemplaciones — dijo con brutalidad —. Mañana mismo llevaré la niña al colegio. Nos iremos la semana que viene.

Ella lloraba, pero estaba resuelta a sufrirlo todo. Sentía que le interesaba Jaime; que si se quedaba sola al lado suyo no tendría fuerzas para dominar su pasión, y se asustaba de que llegase un día en que, cediendo a una sugestión cualquiera, pudiese perder aquella fuerza moral, en la que se refugiaba y se escondía, dentro de su propio corazón, como un consuelo supremo.

Sentía, además, un desencanto al ver a Jaime en su casa, amigo de su marido, tal vez igual a él en carácter y en costumbres. ¿Para qué había ido? ¿Pensaba que era una mujer vulgar en cuya casa podía introducirse para seducirla? ¿Era una nueva acechanza de Alfredo? De un modo o de otro, ella debía huir de aquel peligro. Era preciso seguir a Alfredo, ser la esclava de él.

— Déjame llevar con nosotros la niña — suplicó.



Él tuvo una sonrisa. Conocía que el amor de madre la haría más fuerte, y contestó con acritud:

— De ninguna manera.

María de las Angustias no pudo contener su dolor y cayó sobre la mecedora sollozando convulsivamente. Estaba hermosa en su agitación, con el desorden de sus ropas y los cabellos sueltos. Él tuvo una idea diabólica. Se acercó a su mujer, le separó cariñosamente las manos de la cara, la sujetó y comenzó a besarle apasionadamente los hombros, el escote, la garganta, buscando con los suyos sus labios y sus ojos. Ella debatía, loca de terror, jadeante, forcejeando para escapar a las caricias y suplicando:

— No, no... Déjame, déjame.

Pero él la seguía oprimiendo de un modo brutal.

— ¿Dejarte? Eres muy hermosa. Me gustas... Eres mi mujer. Me perteneces... Tienes que ser mía... Es tu obligación.

— No... No...

Trataba de escapar, arañando y mordiendo las manos de su marido. Él la dejó un momento, y ella empezó a limpiarse con el pañuelo la cara y la garganta, como si quisiera borrar los besos.

— ¿Tanto te repugno? Guardó silencio.

— Lo deploro, porque me siento enamorado de nuevo de ti. Reanudaremos la luna de miel.

Se acercaba a ella con un gesto apasionado. María de las Angustias retrocedió. Había comprendido. Alfredo le iba a imponer la mayor de las torturas. Era mejor acceder a sus deseos de firmar la venta del cortijo. Que se fuera, que la dejase en paz, pasase lo que pasase; todo, menos aguantar aquellas caricias.

— No, Alfredo... Es imposible... Tú lo sabes... Yo no te amo.

— Yo te amo a ti... Me gustas... Eres mi mujer,.. Tengo derecho.

— Escucha, Alfredo. Tú deseas irte a Londres... Quieres mi firma para vender el cortijo de la Vega... Estoy pronta a dártela..., si me dejas en paz.

Él tuvo una sonrisa de satisfacción, y cambiando de aspecto, dijo:

— Bien. Como tú quieras. Pero ya ves que yo había desistido. Eres tú quien me arroja de tu lado.

## V

La noche de luna iluminaba dulcemente el bosque de la Alhambra. María de las Angustias y Jaime habían entrado en él por la Puerta de las Granadas, subiendo la Cuesta de Gomeres, y se habían internado por las avenidas que conducen al Generalife. Se apoyaba ella en su brazo y andaba con paso perezoso, la cabeza sobre su hombro, ofreciéndole los labios, mientras caminaban bajo los altos robles, tan espesos y tan altos que parecían clavar en el cielo sus copas bañadas en la plata de la luna.

El agua de la Alhambra, esa agua que hilaron los árabes en los hilillos de millones de surtidores, formaban la sonata de una orquesta de xilofones cristalinos y limpios, al golpear la linfa contra las piedras y las ramas, en un acorde maravilloso.

Abajo, en el fondo de la bóveda de los árboles, la obscuridad era tan profunda que no se distinguían unas a otras las parejas que cruzaban, buscando el encanto y la soledad de la noche de la Alhambra, escudados por la seguridad de que se gozaba en la ciudad dichosa y honrada, donde se podían cruzar a media noche aquellos senderos solitarios sin peligro de un mal encuentro.

Los primeros días de la partida de Alfredo, los dos amantes habían evitado encontrarse. Luego, el deseo, más fuerte que su voluntad, les había obligado a buscarse, y desde el primer momento había mediado entre ellos una explicación franca, leal. Había caído el uno en los brazos del otro de un modo natural, como esposos enamorados que se encuentran después de una larga separación.

Desde aquel día la vida se convirtió para María de las Angustias en un ensueño de felicidad. No sentía remordimiento alguno por entregarse a aquella pasión, moralmente desobligada de su marido. Se sentía alegre, tranquila, confiada, satisfecha de su felicidad y del amor profundo y honrado de que la rodeaba Jaime. Un banco, en el claro de luna, los invitó al reposo. Se sentaron y ella le rodeó con los brazos el cuello, mientras él la enlazaba por la cintura. La blancura de la luna le daba una palidez de estatua, y sus ojos pardos brillaban como aguas marinas.

— ¡Qué hermosa estás, María de las Angustias! — exclamó él — ¡Si vieras qué miedo tengo de ser tan feliz!

Ella desplegó una sonrisa húmeda y luminosa.

— No pienses más que en nuestro amor, Jaime.

— Por él es por lo que tiemblo. Si ese hombre volviese...

— Me separaría de él. Soy sólo tuya... Te juro que no le daría ni un apretón de manos. — Te creo, porque te conozco. Lo que no me explico es cómo pudiste amar un día a ese hombre...

— No digas eso. Me creía amar, pero era sólo el amor lo que yo amaba. He pagado bien cara mi equivocación. ¡He sufrido tanto!

— No me lo cuentes. Yo he adivinado tus padecimientos, las exigencias de ese miserable..., sus malos tratos..., sus groserías. ¡Pobre alma mía! Quisiera poder amarte más para resarcirte de todo eso.

— Ya me has resarcido bastante. Lo he olvidado todo, como un mal sueño. En mi pasado, en mi presente, en mi porvenir, no existen nada más que tú... y mi hija.

— ¿Y no ves cuánto hay en tu hija de su padre? A pesar de ser tan pequeña manifiesta hacia mí y hacia ti misma una hostilidad peligrosa.

— Son las criadas, que le inspiran celos de mi cariño hacia ti. Ya ves que no es justo... Yo la adoro..., la adoro como si fuera hija tuya..., y lo es en realidad, porque era tuyo el ensueño de mi amor aun antes de conocerte.

- Y yo la quiero como una hija también, María de las Angustias; pero me asusta ver a lo que te expongo por mi culpa.
- ¿Y por qué yo, que he sido víctima de una equivocación, que la he expiado con mis sufrimientos, no puedo formar un nuevo hogar feliz contigo, con el que amo, con el que me comprende y me hace dichosa?
- Es imposible, porque nuestras leyes no aceptan el divorcio.
- Pero si al menos pudiéramos lograr la separación... Yo no quiero el engaño. Sería incapaz de acariciar a mi marido y venderlo por la espalda. No le amo, y no lo oculto.
- Haces mal. Estamos en un mundo en que la lealtad se considera cinismo, impudicia.
- Y, sin embargo, la verdadera moral es la nuestra.
- ¿Quién lo duda?
- ¿Y no puedo yo pedir la separación?
- No, porque no hay pruebas y testigos de los malos tratos y de los vicios de tu marido.
- Pero tú sabes, todo el mundo lo sabe, que se emborracha, que me martiriza, que me arruina.
- No es bastante para probar la sevicia.
- Tiene una querida.
- No vive con ella.
- Está siempre con mujeres.
- Eso lo hacen, todos los hombres, según dicen ellos.
- ¿Y no es motivo el que yo te ame?
- Sería motivo para que él procediera en contra tuya. Te podría llevar al convento o al manicomio, que en los tiempos modernos ha venido a sustituirle.
- Pero tú me defenderías.

— No lo dudes: te defendería hasta morir o matar por ti... Con la ley no podría defenderte.

— ¿Por qué?

— Porque la ley la hicieron los hombres y es toda contraria a las mujeres; aunque en algún caso como este sea yo, hombre, la primera víctima.

— ¿De modo?

— Que tu marido es un inocente y un hombre honrado contra el que nada puedes intentar, a pesar de arruinarte, envilecerte y maltratarte, pasando la vida entre borracheras y mujeres de todas clases.

— ¡Es terrible!

— Y en cambio tú tienes el desprecio de la sociedad, porque rechazas a un hombre indigno y correspondes a un amor honrado. Estás a merced del capricho de tu marido, que puede hacerte condenar por adúltera, llevarte a un manicomio, arrancarte tu hija y tu fortuna, y hasta matarte, sin responsabilidad, acogiéndose al artículo 438 del Código Penal, que absuelve a los asesinos de sus esposas si ellas les son infieles. Ella sintió un calofrío de terror; pero reponiéndose en el acto, se apretó, en un arranque de pasión, contra el pecho de Jaime, exclamando:

— Maridito, maridito mío: guárdame tú escondidita dentro de tu corazón, y no tendré miedo de nada.

La campana de la Vela, con su sonido lento y evocador, hacía estremecer el silencio del bosque, e interrumpía el martilleo rumoroso y cristalino del agua, avisándoles la hora del regreso. Por si esto no fuese bastante, una ráfaga de viento pasó como una ola invisible, haciendo balancearse los árboles con un rumor de papel de seda. María de las Angustias se distrajo de su impresión, y, levantándose para regresar a su carmen, exclamó:

— ¡Pobres ruiseñores! Siempre que hay una noche de viento en la Alhambra tengo la impresión de que va a amanecer el bosque cubierto de pajarillos, que caen de los árboles, como caen las hojas de estos olmos, en las que hay más ruiseñores que hojas. Tengo intención de rezar por los pobres pájaros, como se reza por los caminantes en noches de tempestad.

## VI

En los primeros meses, María de las Angustias y Jaime se sentían inquietos y turbados. Se daban cuenta de que, a pesar de todo, el marido vivía cerca de ella, afirmando su personalidad en la casa. Aunque el carmen perteneció a sus mayores, ahora era la casa de D. Alfredo Sánchez, a cuyo nombre iban dirigidos todos los asuntos. Hasta ella misma era ya como una propiedad suya. Angustias Lozano de Sánchez.

Lo que más hacía el hogar del marido era la hija, Pepita, que entre sus gracias infantiles sabía decir que quería a papá con los puños y los dientes apretados, para dar idea de la vehemencia y a Jaime lo quería volado. Lo que indicaba con el gesto de pasar las palmas de la mano, una contra otra, hacia afuera, como el que arroja al viento alguna cosa. El ama seca ponía un cuidado especial en inculcar a la niña el culto al padre ausente y la frialdad a la madre cercana. Todo lo que le prohibían se lo prohibían en nombre de ésta.

— No se puede ir de paseo, porque la mamá no quiere.

— No se come dulce, porque la mamá no quiere.

— No se juega con las muñecas, porque la mamá no quiere.

— Hay que tomar la medicina, porque la mamá lo manda.

— Hay que acostarse, porque mamá lo ha dicho.

En cambio el padre era el dispensador de todas las gracias.

— Cuando venga el papá le traerá bombones a la niña.

— Cuando venga el papá llevará a la niña a pasear en coche.

— El papá le traerá a la niña unos muñecos muy bonitos.

— El papá la llevará al teatro.

— Este traje se lo ha enviado el papá.

Así la criatura se acostumbraba a pensar en el papá como en un ser fantástico y bondadoso. Rezaba ante su retrato, lo besaba, lo acariciaba y procura-

ba huir de la madre, que representaba todas las severidades. En ocasiones, cuando estaba presente Jaime, sobre todo, Pepita unía los brazos al cuello de la institutriz y no se dejaba acariciar por la madre, envolviendo a ella y a su amante en la misma mirada hostil. María de las Angustias sentía una amarga tristeza.

— Mi hija también me condenará — pensaba; pero ocultaba su pensamiento, temiendo molestar a Jaime y decidida a sufrir todas las injusticias, con tal de conservar su cariño, aquella ternura, que la envolvía como agua de baño y la hacía tan dichosa.

— Tengo la certeza — le dijo un día a su amante — de que mi marido lo sabe todo y finge ignorarlo.

— Yo también; y esa actitud suya es lo que me asusta.

— No. El finge no saberlo con algún designio perverso, no hay duda; pero no le será fácil encontrar la prueba de nuestras relaciones, estando lejos. El testimonio de las criadas es de escaso valor, y de la demás gente nadie ha visto nada que nos pueda acusar. Que salgamos juntos y que vengas a casa, es natural, habiéndote dejado el encargo de que veles por mí. No existen cartas ni nada que nos condene.

— Es cierto; pero si él viniera, ¿dejaríamos de vernos?

— ¡Claro que no!

— ¿Dejarías que disfrutase sus derechos de marido?

— ¡Ni pensarlo!

— Pues ahí tienes qué fácil le sería buscar y hallar la prueba para condenarnos.

— ¿También a ti?

— También. Soy tu cómplice.

— Pero es absurdo que sea delito amarse y darse libremente. No ya sólo en este caso, sino en todos. No se puede consentir que las personas sean

propiedad unas de otras por toda la vida, que lazos que crea el amor se impongan si el amor pasa.

— Claro. Tú llegas por la pasión al conocimiento de todas esas verdades; pero las gentes han legislado contra la Naturaleza, han creado intereses que la libertad ataca, y todo lo que estás diciendo asusta a los hipócritas como la cosa más inmoral del mundo.

— ¡Qué felices deben ser las naciones donde existe el divorcio!

— Se cae en otros abusos; porque no hay ley mala si los hombres son buenos, y viceversa. Pero en todo caso es mejor que entre nosotros.

— ¿Por qué no puedo yo pedir la separación?

— Ya te lo he dicho: no hay pruebas.

— Vicios, malos tratos, queridas, prodigalidad.

— Nada puede probarse en el grado suficiente.

— Pero tú puedes hallar algo, tienes talento, conocimientos.

— Que sólo me sirven para ver más claramente el peligro que corres.

— Yo he oído hablar de casos en que las leyes se han doblegado por una voluntad firme.

— Esos casos sólo se han dado en favor de los hombres. Jamás en favor de la mujer.

Le contó los casos extraordinarios de que un hombre casado se hubiese vuelto a casar allá en América, contando con las leyes de aquellos países libres, que se preocupan más de la población que de la legalidad de las uniones que la producen. Otro se había casado en Suiza, perdiendo la nacionalidad española, para acogerse a las leyes que permiten el divorcio por incompatibilidad de ideas.

— Es decir, que un hombre decidido — concluyó — puede burlar las leyes, hacer lo que le de la gana, casarse si le parece; pero las mujeres, no. Hasta en estos casos en que ellos se han liberado, ellas siguen casadas y sometidas a su potestad.



— Eso es un absurdo.

— Pero es así. Sobre todo, para las mujeres ricas.

Le contaba casos en los que el dinero, móvil de casamientos sin amor, era el factor más importante. No era sólo Alfredo. Maridos que pasaban por serios, por respetables, que ocupaban cargos en la política y en la banca, habían aprovechado la infidelidad de sus mujeres, a veces hipócritamente provocada por ellos mismos, para deshacerse de ellas. No les convenía pedir el divorcio, al que sólo recurrían a los maridos de mujeres pobres, que deseaban verse libres de su carga. No eran tampoco esa clase de maridos de mujeres ricas de los que llegan al crimen pasional, como los pobres hombres enamorados e ingenuos que se sentían traicionados cuando menos lo esperaban. Ellos se valían fríamente de la ley, para enviar las esposas a un convento, o bien para considerarlas dementes y relegarlas a un manicomio. No faltaban algunos que tendían hábilmente su red para cogerlas *in fraganti* y matarlas sin responsabilidad, después de pasar días y días en acecho, con premeditación y alevosía. A veces estaban entendidos el esposo y el amante para tender un lazo a la pobre mujer. De un modo o de otro, los esposos se quedaban dueños de los bienes y libres para vivir a su capricho. Asustada por estos ejemplos, María de las Angustias no tenía más deseo que conservar a Alfredo lejos de ella. Quería que fuese feliz, que todo le saliera bien, que se divirtiera y amara a otras mujeres que borrasen su recuerdo.

Por eso no se atrevía a negarse a las constantes peticiones de dinero y de firmas para seguir enajenando sus propiedades. Cada dos meses llegaba una de aquellas cartas, que María de las Angustias le ocultaba, a Jaime: «Si quieres que siga haciendo el sacrificio de estar lejos de ti — le escribía — para salvar nuestra fortuna, envíame, inmediatamente y sin vacilaciones, la autorización de venta de tal o cual propiedad. Si no, me veré precisado a poner fin a esta situación y regresar a tu lado. No te quejes de lo que suceda.» La joven leía entre las líneas de aquella carta el pensamiento de Alfredo, la amenaza envuelta, en la que le daba a entender que lo sabía todo. Comprendía que si se negaba acabaría su felicidad, y así, sugestionada, obedecía siempre a sus demandas, creyéndose segura y dueña de sí mientras no se negase a

sus deseos. Era como un contrato establecido entre los dos, por el que ella le compraba su libertad y se sentía tranquila, feliz, encantada del reposo y la dulzura de aquel amor de Jaime hecho de ternura y de bondad.

## VII

Ahí, poco a poco, los dos amantes habían olvidado sus temores. Se habían acostumbrado a convivir, como si fuesen un verdadero matrimonio, sin darse cuenta de lo que existía de anormal en su situación.

Habían llegado a olvidarse del marido. Este no existía para ellos, no tenía razón de existir. Cada vez pasaban más tiempo juntos y con menos recato. Se habían ido acostumbrando a hacer la vida en común sin darse cuenta. Él se quedaba en el carmen a almorzar y a comer, la acompañaba todo el día y se pasaba la noche a su lado. Sólo, por un resto de pudor ante los criados, salía Jaime por la mañana, cuando todos dormían aún, para volver cuando se habían levantado. No veía la especie de hostilidad de toda aquella gente, que se creía humillada con la falta de respeto al dueño; algo así como si la señora les faltase a ellos también y creyera que los engañaba con aquella hipocresía, cuando, después, veían a Jaime entrar en su alcoba, y pasar el día cerca de ella, con una intimidad que no se cuidaban de disimular.

Ninguno de los dos parecía conceder importancia a la atmósfera que se iba haciendo en torno suyo. Se operaba una reacción en favor de su marido. Ya no hablaba de sus vicios y sus groserías.

— ¡Pobre hombre! — decían las comadres en sus murmuraciones — Lo habíamos juzgado mal. Ha tenido que irse y dejarla por no poderla sufrir.

— Pero ella no era así antes — solía decir alguna.

Entonces otra se acercaba para decirle una palabra al oído y le preguntaba después.

— ¿Sabes?

Era monstruoso que una mujer se negara a pagar el débito conyugal. ¿Para qué se había casado? Las mujeres que no cumplen su obligación son las

responsables de cuanto puede hacer el marido. Seguro que si se confesara no le echarían la absolución.

— Y teniendo una hija — decían, en el colmo del escándalo.

Todas habían dejado de ir a visitarla, y volvían la cabeza para no saludarla en la calle. Se sentían felices de poderse vengar de la superioridad de su belleza, con la superioridad de una virtud que no existía a veces más que gracias al misterio en que envolvían sus deslices o por la fealdad que las había hecho respetables.

En cambio, los hombres se atrevían a dirigirle miradas y frases desacostumbradas, con unas risitas que parecían aguardar su turno.

A veces el rumor de las injurias llegaba a oídos de los amantes.

— La gente es desconsiderada y cruel — decía María de las Angustias — Ya, porque me ven feliz, no se acuerdan de todo lo que yo he sufrido. Ahora todos compadecen al pobre marido y a la pobre hija. No ven cómo el primero ha pisoteado mi corazón, mi alma; como ha roto una a una, todas las ternuras que se abrían para él en mi espíritu; y lo que más me indigna es que tomen como pretexto para tener razón el nombre de los hijos. Se habla del amor de los hijos para oponerlo a la pasión, sin ver lo distintas que son ambas cosas. Los hijos no nos pueden amar, no nos aman nunca. Pequeños, son incomprensivos, están fuera de nuestros sentimientos y de nuestra vida. Mayores, se separan por el egoísmo poderoso de los suyos. Los adoramos, los protegemos, pero es una pasión toda abnegación, sacrificio, sin reciprocidad. No es en el corazón de los hijos donde puede reposar nuestro corazón agitado; no pueden ser los compañeros en esta época de la vida en que ellos son niños ignorantes y la pasión enciende nuestra sangre. Así como nosotros no los comprenderemos después. ¿Para qué ese absurdo de pretender que la maternidad borre nuestra ansia de amar?

— No es preciso que hagas esos razonamientos delante de mí, María de las Angustias; no necesitas justificarte a mis ojos. Yo te comprendo y te respeto tanto como te amo. Son los otros, los empedernidos, los que no se vencerán nunca. Se puede tocar a todo lo que hay de más respetable en las

viejas creencias de la humanidad con tal de no tocar a la organización de la familia, baluarte de los hipócritas, que se atrincheran en él.

— Bueno. ¿Y qué más me da con tal que me quieras tú?

— Ya sabes cómo te adoro.

— Eso me hace tan feliz, que en vez de sentir rencor por todas esas pobres gentes que me censuran, siento una gran piedad. Ellas no son amadas como yo. No conocen esta inmensa felicidad de un cariño como el nuestro.

Todo contribuía allí al optimismo: el ambiente de la ciudad clara; la Naturaleza propicia al amor que se respiraba en el carmen. Era la excusa hecha para no tener que salir a la calle, para aquella vida moruna y sedentaria. Rodeada de jardín, con jardín en todos los pisos, según la costumbre árabe, aprovechando los desniveles del terreno, todas las habitaciones tenían en las paredes multitud de hornacinas, para colocar ramos de flores y alcarrazas, que daban un aspecto de juventud y alegría.

No salían a la calle las mujeres más que en contadas ocasiones. La belleza estimada era la de las mujeres metiditas en carne, con la piel muy blanca y los cabellos muy lucientes, como las creaba la vida de inmovilidad.

Paseaban por los jardines, y mejor aún por los terrados. La construcción de las casas con terrados era característica de Granada. Lo mismo son en los cortijos de la Vega, en el Albaicín y en las calles pobres de la ciudad; mujeres, hombres y chiquillos desgachados y harapientos buscaban la solana o la umbría, según la estación, para tenderse en su pereza, contemplativa en apariencia, pero vacía en realidad, sin pensamiento alguno, felices de no sentir su vida y de sentirse vivir. Las mujeres ricas o acomodadas vivían en los terrados y azoteas, donde se ocupaban en una labor que no se acababa nunca, o en la lectura de un libro que se llevaba meses. Los maridos se iban al café, a conversar con los amigos, y ellas pasaban la vida en sus terrados o en algún rincón del patio — jardín, en su pereza y en su hastío.

María de las Angustias estaba como redimida de ese ambiente. Ella y Jaime pasaban dulcemente la existencia en aquel fondo de casa, donde todo les era conocido y familiar. Se sentían dichosos frente al optimismo de las mañanas

claras, en el cenador rodeado de madreselvas y de jazmines, esos jazmines blancos, perfumados, de Andalucía.

Veían a un lado tenderse la Vega, fecundada por el Darro y el Genil, con la exuberancia de los bancales de hortalizas en su sazón, y los campos de mieses que comenzaban a madurar. A su espalda se destacaba el bosque de la Alhambra, como una mancha de verdura, rodeado de las murallas y torreones, centinelas de los palacios que guardaba en su centro.

Allá, a lo lejos, en el fondo, la Sierra Nevada, azul pizarra, con el blanco sudario de la tumba de Muley-Hassen en su cima, se confundía con el cielo. Había algo de muy pasional en el ambiente. Aquella naturaleza fuerte, montañosa, incitaba a la pasión. Se respiraba una atmósfera de sensualidad en el olor de las flores, entre cuyos pétalos se incubaba la semilla reproductora. Era todo un poema de pasión de las plantas, que se fecundaban enviándose a distancia besos de polen, de los nenúfares que subían a la superficie de los estanques para cumplir bajo la luz de las estrellas el misterio de su fecundación. Era todo madurez y plenitud en aquel otoño espléndido. Las higueras, henchidas de savia lechosa, esparcían su olor tónico, cargadas de higos, que se partían y dejaban escapar gotas de almíbar, donde se engendraban millones de mosquitos.

Libaban las guerreras abejas de cobre la miel que se escapaba de las flores y las frutas maduras; abrían las allozas sus conchas de veludo para mostrar la madera endurecida que cubría su fruto; las vides, con las ubres de los racimos llenas de zumo, doblaban los sarmientos bajo su peso; se partían las granadas maduras, con sonrisa de coqueta que entre labios jugosos muestra la simetría de sus dientes; los olivos dejaban caer en torno la aceituna, con fuerte olor a óleo; mostraban los maizales la esbeltez de sus cañas, coronadas del florón de sus cabos, llevando en cada nudo una panocha vestida de seda y cubierta por el manto de estameña, bajo el que se vislumbraban las cabelleras de oro.

A la orilla del río gemían los cañaverales, con su melancólico rumor de hojarasca, y los sauces, los enamorados del agua, eternamente atormentados por alcanzarla, tendían hacia ella las largas hojas, tentáculos sedientos y ansiosos en su tormento insaciable.

Jaime, hijo de labradores, acostumbrado al campo en su infancia, conocía todas las plantas y experimentaba la influencia del encanto de la Naturaleza, con un deseo de quedar siempre allí, cerca de María de las Angustias, en el ambiente apacible y sano.

— El único defecto de esta casa — decía — es el estar aún demasiado cerca de la ciudad. Es la proximidad de las gentes ciudadanas lo que nos estorba para ser dichosos.

— Yo vivo como si no existiera nada en torno mío más que tú. Eres lo único que llena toda mi vida — respondía ella. Y en un olvido completo de su situación, hacían planes para lo por venir.

— ¿No te irías nunca de mi lado? — preguntaba María de las Angustias.

— Nunca. Me estableceré en Granada y viviremos juntos siempre.

Había en el fondo de los dos como una seguridad de que Alfredo no volvería. Él no amaba a su mujer, se conformaría con tener su dinero; y una vez arruinada no pensaría más en ella. Tenían como la impresión de que un día iban a ser libres y dueños de unir legalmente su destino. Se consideraban ya esposos, unidos por un verdadero amor, por una ternura en que entraban todos los matices de la pasión y de la dulzura de un cariño protector y familiar.

Jaime se ocupaba de la educación de la niña, de sus maestros, de sus estudios, como si se tratase de su propia hija; aconsejaba a María de las Angustias, enseñándole la ciencia de la vida, que ella ignoraba, para conducir su casa y sus asuntos.

Habían hecho el sacrificio de la fortuna de la joven para lograr su tranquilidad; pero Jaime se ocupaba de salvar y hacer producir las cantidades que ella podía economizar para lograr una renta segura y modesta que la pusiera a cubierto de la miseria el día que la disipación de Alfredo la llevase al desastre final.

— Esto es sólo por tu hija — le decía —; para ti seré yo dichoso trabajando y nada te faltará.

A pesar de su seguridad, de vez en cuando sentían un vago temor. «¿Converdría alguna vez a los planes de Alfredo volver cerca de su mujer?», se

preguntaban a veces. «¿No habría algo que le instara a querer deshacerse de ella?», pensaban otras.

Sin embargo, la vida, poderosa y avasalladora, en su juventud y su pasión, los hacía olvidar todo temor para entregarse a la embriaguez de su cariño, sin pensar en nada que no fueran ellos mismos.

— Después de todo — se decían —, no habrá nada capaz de separarnos, y eso es lo único que nos interesa.

Se sentían capaces de defenderse de todo y contra todos escudados por la fuerza de su pasión.

## VIII

La noche, blanda y apacible, era calurosa como noche de verano sin que nada hiciese sospechar aún la dureza del invierno, con sus nieves y sus fríos.

Cerradas ya la verja y las puertas, María de las Angustias miraba desde la ventana de su alcoba el jardín iluminado por la luna, cuya luz blanca formaba con las sombras misteriosas combinaciones. Daba al paisaje un tinte melancólico de misterio, con la luz propicia a los fantasmas. En ocasiones se creía ver cruzar sombras por los senderos solitarios, junto a las tapias y la verja.

Se volvió un poco medrosa; la casa estaba envuelta ya en sombra y silencio, a pesar de la hora temprana; aquella velada le había parecido interminable.

Jaime había tenido que salir para un asunto urgente, cosa que le acontecía pocas veces. Había cenado sola. Trató de leer un rato, entró en la habitación de su hija, que dormía sosegadamente en su camita, cerca del lecho del ama seca, y le dio un beso en la frente. Inquieta, como atormentada por un presentimiento vago. Se retiró a su alcoba. El aspecto del jardín aumentó su malestar.

— Mejor es acostarme — pensó — y esperar que venga Jaime.

Él tenía las llaves para poder llegar a su lado. Se quitó el sencillo traje de casa y se puso la ligera bata de noche, de batista blanca, que se rosaba con la

transparencia de su carne, y empezó a deshacerse el peinado ante el espejo. Se sonrió, satisfecha de sentirse hermosa, mucho más hermosa que en su adolescencia, con la belleza de la juventud en todos su fuerza y esplendor.

Había ganado en belleza desde la partida de Alfredo. El amor satisfecho prestaba nueva lozanía a su cuerpo, gallardo y gracioso, al que se asociaba la idea de los claveles andaluces. Tenían sus ojos un brillo de dicha y sus ojeras un halo romántico en el que se grababan sus goces de enamorada, para prestar un mayor encanto a su mirada.

Conservó puestos los pendientes, el collar y las sortijas; se perfumó con esencia de jazmín, y dejó encendida la luz, velada de rosa, que esparcía un tono suave sobre las cosas. Por las vidrieras de colores de la ventana entraba la claridad de la luna.

Se adormecía sin quererse dormir. Su amante no podía tardar y sabía cómo él la encontraría hermosa y la envolvería en su cariño. De pronto creyó oír el ruido de la verja que se abría..., unos pasos..., un cuchicheo... Después, nada...

— ¡Jaime!

Llamó con tono quedo y como asustada del eco de su propia voz en el silencio; se tapó la cara con la holanda y los encajes de la sábana. No quería ver las vidrieras, por donde le parecía que un espíritu invisible la acechaba; y al poco rato se adormeció de nuevo, riéndose de sus temores.

Esta vez estaba cierta. Se abría la verja y resonaban pasos quedos. Escuchó la voz de Jaime:

— María de las Angustias.

— Cuánto has tardado, Jaime mío.

No tuvo tiempo el joven de responder. Se quedó atónito ante la expresión de terror con que María de las Angustias se incorporaba en el lecho con la mirada fija en la puerta por donde él había entrado.

Se volvió con rapidez y apenas pudo darse cuenta de lo que sucedía. Alfredo estaba allí con el revólver en la mano.



Entonces él, que era valeroso, se sintió contagiado por aquella corriente de pánico que le enviaba los ojos abiertos, inmóviles, extraviados, de María de las Angustias. No era un hombre lo que tenía frente a sí. Eran la ley y la sociedad toda, hechas carne. ¡Era el marido! Sin darse cuenta, de aquel modo intuitivo y embrionario, en el que los pensamientos acudían en tumulto sin la serenidad del juicio sentía la influencia de verse ante el marido. No era un hombre que lo atacaba y contra el que podía defenderse. Aquel hombre calmado y frío, con el revólver en la mano, tenía esa fuerza de la Guardia Civil, contra la que no puede defenderse el criminal. No había defensa posible; el marido fusila, no se desafía.

Por un momento quiso correr hacia María de las Angustias. Pero, ¿acaso no sería mejor dejarla con su marido? Entre el tumulto de pensamientos vagos, de cosas planteadas con la velocidad del rayo en su cerebro, no concebía que no se impusieran la gracia y el amor de María de las Angustias, que no le inspirara piedad, un recuerdo de amor a la esposa y a la madre de su hija. Creyó que tendría una compasión para ella que no le inspiraría él jamás.

Aquellos momentos en que se ha planteado la vida de ese modo precipitado, confuso, pero preciso, con que se plantea la vida en los momentos graves, le hace ver todo el horror de su situación. No tiene armas, no está prevenido y preparado para la escena, como lo está el público que después lo ha de juzgar; pero es inútil defenderse, está irremisiblemente perdido. Si él matara no mataría en legítima defensa, resultaría un asesino con agravantes.

Suena un disparo; después, otro, otro... Un resplandor de relámpago, olor a humo de pólvora... Ha sentido pasar algo tibio silbando cerca de él. Experimenta el ardor de una quemadura en la mejilla derecha y en el costado.

Le acomete un miedo cerval, inevitable... El instinto de conservación imponiéndose a todo... Siente salir su sangre y cree que su rival lo ha matado... Entonces se vuelve, huye atropelladamente, como el ladrón que se ve sorprendido en casa ajena, loco de dolor y de vergüenza.

En cuanto llega a la calle y se serena siente el impulso de volver, de acudir al lado de María de las Angustias. Tiene la visión confusa de haberla visto caer inmóvil en el lecho, sin pronunciar una palabra, con el cabello revuelto

y su hermoso cuerpo desnudo y blanco, apenas cubierto por la camisilla de encaje, y algo muy rojo en el pecho...un puñado de rosas rojas.

Entre tanto, la sangre salía de sus heridas, las fuerzas le faltaban y cayó desvanecido en medio de la calle.

## IX

El fallo de los Tribunales es condenatorio para Jaime y absolutorio para el marido. Alfredo estaba incluido, por entero, en el artículo 438. Había matado para lavar su honor mancillado, en el paroxismo de la pasión y de los celos, exasperado al descubrir la traición de su mujer y de su amigo. Era un gesto gallardo y simpático en un país que conservaba el espíritu calderoniano.

Fueron inútiles todos los esfuerzos del defensor de Jaime, verdaderamente empeñado en hacer brillar la verdad. La ley, promulgada por hombres, favorecía siempre a los hombres y humillaba a las mujeres. Ningún artículo del Código les daba a ellas aquella facilidad de asesinar a los infieles; ni siquiera el funesto artículo 438 decía: «Cualquiera de los dos esposos que sorprendiera en adulterio al otro», sino: «El marido que sorprendiese en adulterio a su mujer». Era sólo un privilegio masculino. Los jueces se cuidarían mucho de no quebrantar aquel principio de autoridad que era como su privilegio, la lección indirecta que daban ellos mismos a sus propias mujeres.

Alfredo no tuvo que entrar en la cárcel, puso fianza con el dinero de la muerte. Fue en vano que se trajesen al tribunal pruebas y testigos de los vicios del marido, de sus borracheras, de su comercio con las hembras más bajas, de los malos tratos dados a su mujer y de la dilapidación de su fortuna. Todo aquello no tenía importancia; eran cosas de hombres, sin la gravedad de una falta femenina.

Cuando el acusador sugirió que Alfredo había facilitado la prostitución de su mujer presentándole a su amigo y marchándose al extranjero, vendiendo sus derechos por la firma para enajenar las fincas, la indignación de la sala llegó al límite. «¡El pobre hombre, que se había ido a trabajar confiado en su amigo y en su esposa!»

Fue un telegrama del ama seca el que le avisó y le hizo volver para sorprender a los amantes. En vez de confiar su querrela a los Tribunales, se ocultó, preparando el crimen con premeditación y alevosía más de una semana, siempre con la vista fija en la impunidad que el artículo 438 le ofrecía.

El Jurado, aquella institución incompleta y defectuosa, porque no formaba parte de ella ninguna mujer, sentía indignación contra el atentado a la santidad de la familia. Estaba de parte del marido, sin reparar en sus vicios y malos tratos, que eran cosa corriente entre la masa popular, en cuya atmósfera vivían.

Hasta la opinión pública, excepto una minoría de gentes de moral superior, era favorable al marido. La burguesía estúpida está siempre de parte del hombre que mata. Las mismas mujeres, en vez de estar unidas por un sentimiento humano de solidaridad de sexo y de ser comprensivas con sus propias pasiones, se ponían de parte de Alfredo, a impulso del odio y de la envidia que les inspiraba la mujer hermosa triunfante, amada. Las estúpidas, las orgullosas de una virtud inatacada, las biliosas que no sintieron una pasión espontánea y noble jamás, y sobre todo las feas, eran las enemigas de la mujer blanca y desnuda que proclamaba con su muerte, por encima de todo, el triunfo del amor.

La moral hipócrita triunfó. Alfredo, absuelto, dueño de la fortuna de su víctima, en poder de la patria potestad para educar a su gusto a su hija, podría pasar por un hombre honrado al que no faltaría quien estrechase la mano, como no le había faltado abogado capaz de defenderlo.

Jaime, condenado a presidio como cómplice de María de las Angustias, aparecía como el culpable de todo, deshonorado, como un mal amigo y como un hombre que se proponía vivir a expensas de la fortuna de su amada. Los valores de ella, que pretendía salvar de la prodigalidad de Alfredo, constituían una acusación.

Su huida, tan justificada y tan humana, en el momento de peligro, lo hacía más impopular. Las gentes vulgares tal vez se hubiesen dejado seducir por un acto de temerario valor. Y Jaime fue a presidio, con una indiferencia que

demostraba el dolor inmenso que la pérdida de aquella mujer tan amada y tan interesante le causaba.

Vestido con la blusa de presidiario, con la cabeza rapada, revuelto en el montón anónimo de criminales, se sentía más tranquilo, casi más feliz, que en la soledad que el mundo había hecho en torno suyo.

Le parecía vivir en el penal un segundo idilio, con los recuerdos de aquella mujer y de aquel amor a los que la fuerza del crimen daba un valor magnífico.

Había puesto toda su alma ahora, de un modo definitivo, más intensamente que en su verdadero idilio, en el amor de María de las Angustias. Quería conservar eternamente, para el goce que le causaba su tormento, la visión del cuerpo desnudo y blanco, con el seno ensangrentado, que se quedó esperando su último beso.

Veía con miedo pasar los días, para volver a la libertad, porque eso hacía la ilusión de que iba a volver a encontrar a María de las Angustias, y tenía miedo a verse frente a la realidad. En la libertad tendría más la certeza de su muerte. Él llevaba en su conciencia el convencimiento del crimen horrendo, de la infamia de un marido que había podido hacerlos víctima, empleando esa arma absurda que ofrecía a la inmoralidad y la codicia aquel funesto artículo 438, vigente aún en el Código Penal, como invitando a causar nuevas víctimas.

*(El artículo 438, 1921)*

## OYENDO A LA INFANTA EULALIA

Desde que las modas europeas han igualado el vestido de todas las mujeres, una princesa no despierta ya el interés por el mero hecho de su realeza; necesita unir a ella alguna otra cualidad que la haga interesante y destaque su nombre de las columnas de letra negrita del Gtoha, ese libro sin lectores, porque no le leen más que sus biografiados.

Sin duda, una de las princesas que actualmente merecen más la atención pública es doña Eulalia de Borbón. Aparte su regia alcurnia, ha sabido conquistar un puesto entre las mujeres cultas e intelectuales y descollar entre las demás princesas de ese modo honroso, firme y sólido con que descuella entre las reinas Isabel de Rumania, amparada en el seudónimo de Carmen Silva.

Mientras su hijo, el príncipe Don Luis, habla con Aurora Cáceres haciendo víctimas de sus chispeantes sátiras a algunos conspicuos personajes, la infanta me hace el honor de recordar que fue el Herald, en un artículo firmado por mí el primer periódico que en época no muy lejana defendió los derechos de su hijo el infante don Alfonso, y me concede la entrevista para nuestro periódico.

Autorizada por ella, le pido noticias de su labor literaria.

— Yo no he tenido en mi vida de escritora más que sinsabores — me dice —, y sin embargo, tengo tal placer en pensar, tal necesidad de exteriorizar mi pensamiento, que, a pesar de todas mis ocupaciones, no sé estar un día sin emborronar algunas cuartillas.

Le pregunto qué género le gusta más para cultivarlo.

— Ya ha podido usted verlo en mis obras — responde —. Obedecen todas a una necesidad de expansión de mi pensamiento; son todas sinceras, ingenuas, fruto de estudios y de leales creencias y basadas en el espíritu de la moral más recta. Todo esto no ha bastado para que se me censure; y no se me ha sabido comprender, no se han visto los hechos ni la intención, y se

ha tergiversado todo... Es que para mucha gente existe aún la creencia de que una persona real debe quedar reducida a ser un simple maniquí, que no piensa, no siente, no trabaja... Yo, por el contrario, creo que una persona real debe trabajar y dar ejemplo... Mi espíritu, que se ha asomado a Europa, que se ha formado en este país libre y progresivo, está abierto para recoger todo lo que signifique adelanto para mi patria o para mi sexo. No hay que olvidar que la revolución me hizo salir de España muy pequeña, que me he educado lejos de las gradas del Trono... Mi intención fue siempre limpia, recta, respetuosa con nuestro espíritu y nuestras creencias, aunque no retrocedí para abordar en mis libros todos los problemas sociales... «Mi delito» es el de trabajar. He visto que generalmente la calumnia y la maledicencia se ceban en las mujeres, que trabajan y les achacan como crímenes los actos que toleran en los demás.

Se detuvo un momento, apenada, y sus grandes ojos verdes se dirigieron a la ventana en busca del extenso horizonte...

— Pero mi alma sabe serenarse y ser fuerte — añadió —. Por eso amo tanto esta paz del campo; es un sedante para mis nervios. En la soledad, en la quietud, en la serenidad, el espíritu se hace más grande, se aparta de lo externo y sabe encontrarse a sí mismo. Por eso dentro de pocas semanas me iré a la Mancha, a un apartado rincón lleno de poesía, frente al mar, en un paisaje maravilloso, allí escribiré otro libro.

— ¿En español?

— No; en francés. Mi última obra, *Para la mujer*, que se ha vendido extraordinariamente y que está traducida al alemán y al inglés, no ha sido aún traducida al castellano.

— Y sin embargo, en España no se la olvida.

— Ni yo dejo de amarla ardientemente y de sentir sus males. Precisamente hoy he escrito al rey diciéndole cuánto siento el estado difícil que se me ha creado porque esto hará que no le vea en mucho tiempo.

Se detiene un momento y continúa:

— Yo amo con delirio a mi sobrino; tiene un espíritu capaz; de comprenderlo todo; y sobre todo, me sugestióna por su carácter entero y valiente, en el que parece que se verifica como una concreción de todo el espíritu caballeresco y prestigioso de nuestra raza. Cuando estubo aquí, yo no lo he visto... Estaba en Alemania... Me dan miedo esos cambios de visitas entre los reyes y los presidentes de Estados republicanos. Me hacen el efecto de esos padres que invitan a sus reuniones jóvenes calaveras y luego se indignan si sus hijas se enamoran de ellos.

Y como si temiese, en su exquisita delicadeza, herir mis ideas políticas, que conoce, se detiene y rectifica.

— Fíjese usted en que yo no censuro ningún acto concreto; amo a Francia, mi segunda patria, y veo con alegría su simpatía para España. No hago más que enunciar un principio general respecto a las amistades entre naciones monárquicas y republicanas; por lo demás, individualmente, yo no le pregunto a nadie cómo piensa; me basta con saber cómo obra.

Una graciosa ocurrencia del príncipe don Luis nos interrumpe.

Doña Eulalia enjuga sus ojos, ablandados aún por el recuerdo del rey, y mira satisfecha al infante.

— Mis hijos son dueños de su fortuna — me dice —; pero yo me entristezco más cuando menos deberes pesan sobre mí. Las mujeres tenemos todas un espíritu abnegado, pronto a sacrificarse por los que amamos; pero que en ninguna parte se exagera tanto como en nuestra patria, donde a veces suele degenerar y hacer de la mujer una esclava, en vez de hacerla la compañera y la educadora del hombre.

Una dama rusa aparece en la estancia. Es la doctora de Su Alteza, que me la presenta con grandes elogios a su talento y a los adelantos femeninos de los países del Norte. Me complazco de recordar que en este punto, si nos ganan en número, no nos ganan en calidad, y cito como testimonio los nombres de mis ilustres amigas la doctora Aleixandre y la gran oculista Arroyo de Marqués.

La dama rusa parece sorprendida.

— ¡Doctoras en España! ¿Y ejercen? ¿Y hacen sus estudios como los hombres?

La infanta sonríe, viendo el entusiasmo de la defensa que me apresuro a hacer de las mujeres españolas, tan desconocidas, cuando no calumniadas, en el extranjero, y se une a nosotras para entonar ante su doctora un himno de alabanza al espíritu austero de la lejana patria.

Pero el teléfono llama: la princesa de Rumanía espera a la infanta de España.

Su Alteza nos despide afectuosamente, no sin hacerme antes el honor de dedicarme un ejemplar de sus obras e interesarse por recibir mis últimos libros. Parece que su cariño a la España que evocamos cerca de ella le hace retenernos a su lado, y al despedirnos nos dice con voz emocionada:

— Dichosas ustedes que vuelven a la patria. ¡Con cuánto placer iría yo también a darle un abrazo a mi sobrino Alfonso!

Y yo, olvidando su alcurnia, le estrecho la mano con cariño, porque para mí ha desaparecido su jerarquía y no queda más que una mujer adorable y digna de respeto, porque sabe de amar y de sentir, porque trabaja y piensa y porque he visto lágrimas en sus ojos y he escuchado de sus labios palabras sencillas y sinceras.

(*Al balcón, 1910 ?*)



## ÍNDICE

Texto Institucional .....	5
Lo importante es vivir la vida	
ANA ROSSETTI .....	7
<b>ANTOLOGÍA</b>	
Carta de Carmen de Burgos a Rosario Acuña .....	13
Venganza .....	15
Por las ánimas .....	27
La muerte de un recuerdo .....	37
La lealtad .....	45
En el reino del misterio .....	53
El artículo 438 .....	57
Oyendo a la infanta Eulalia .....	91

Este libro se terminó de  
imprimir en septiembre de 2019.





Agencia Andaluza de Instituciones Culturales  
**CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO**